

Primeros Pasos

Iglesia Evangélica Libre Vida Abundante

2025

¿Qué esperar?

Este material esta diseñado para personas que están dando sus primeros pasos en el cristianismo y buscan conocer las bases de su fe. Te presentamos doce lecciones que te llevarán por la historia de redención desde la creación hasta los cielos nuevos y tierra nueva, con el propósito de tener una confianza firme en nuestro Señor Jesucristo.

Las primeras seis lecciones presentan a Dios, al hombre, la caída, la condenación, el evangelio y la necesidad de arrepentimiento y fe. Es lo que necesitas creer para ser salvo. Las otras seis lecciones se enfocan en cómo vivir la fe entendiendo que eres parte de una nueva creación, explicamos el primer paso de obediencia a Cristo (el bautismo), la importancia de vivir en comunidad la fe, conocer que implica ser cristiano, la importancia de perseverar hasta el fin y el constante anhelo por los cielos nuevos y tierra nueva.

Al final de cada lección te dejamos preguntas para reflexionar en lo que has aprendido, también te damos la tarea de memorizar un versículo por semana y algunas preguntas del Catecismo de la Nueva Ciudad. Todo con el propósito de que tu fe tenga un cimiento sólido.

El material está planificado para estudiar una lección por semana, preferentemente con un hermano mayor en la fe. Durante este tiempo es importante seguir el plan de lectura colocado al final de cada lección para crear la disciplina de leer la Palabra de Dios. Durante estos meses estudiarás: Marcos, Juan, Gálatas y Colosenses. Si tienes dudas sobre como leer y estudiar la Biblia, al final hemos colocado tres anexos, el primero sobre como estudiar la biblia, el segundo sobre los evangelios, el tercero sobre las cartas.

Anhelamos que este material sea de edificación en tu nueva fe.

¡A Dios sea la Gloria por siempre!

Índice

Lección 1: Dios	1
Lección 2: El hombre	6
Lección 3: El pecado	11
Lección 4: La condenación.....	15
Lección 5. El evangelio.....	19
Lección 6: El arrepentimiento y la fe	23
Lección 7. Una nueva creación	27
Lección 8: El bautismo	31
Lección 9: La Iglesia	35
Lección 10: Un discípulo	39
Lección 11: La perseverancia.....	43
Lección 12: Nuestra morada eterna	47
Anexo 1: ¿Cómo estudio mi Biblia?	51
Anexo 2: Consideraciones sobre los evangelios	56
Anexo 3: Consideraciones sobre las cartas	59

Lección 1: Dios

Creador

La primera afirmación que encontramos en la Biblia es: “Dios, en el principio, creó los cielos y la tierra”. (Génesis 1:1, NVI). Imagina tener la siguiente conversación con un niño:

- Niño: ¿De dónde vengo?
- Tu: De tus papás.
- Niño: Y ¿De dónde vienen mis papás?
- Tu: De tus abuelos.
- Niño: ¿De dónde vienen mis abuelos?
- Tu: De sus papás.
- Niño: ¿De dónde vienen los papás de mis abuelos?
- Tu: De sus papás.

Si la conversación continúa, eventualmente tendríamos que llegar al origen de todas las cosas. Para algunos sería una gran explosión, aunque habría que preguntarse que la provocó. Pero, a todos nos es claro que si algo dio origen a este universo tuvo que ser un gran poder. La Biblia no ve una serie infinita de preguntas, ni siquiera tiene que pasar por una gran explosión para explicar el origen de este universo, porque fue resultado del gran poder de Dios.

Algunos preguntan: “¿Quién creó a Dios?” La respuesta es que nadie lo creó. Seamos creyentes o no necesitamos para explicar la creación necesitamos de algo sin principio que sea el origen de todo, una causa inicial. Por tanto, si Dios fuera creado, no sería Dios. La Biblia distingue entre las criaturas, que tienen un origen, y el Creador, que es un Ser Eterno (el Ser no creado, El que siempre ha existido). La primera declaración de la Biblia es que Dios es el Creador de todo, la causa sin causa. Bíblicamente pensar en que Dios fue creado es contradictorio, porque sería una criatura no el Creador.

El que siempre es

Un hombre llamado Moisés fue elegido por Dios para liberar a un pueblo, Moisés le preguntó: si ellos me preguntan ¿cuál es tu nombre? ¿qué les diré? Dios le respondió: “Yo soy el que soy [...] esto es lo que tienes que decirles a los israelitas: Yo soy me ha enviado a ustedes.” (Éx 3:14, NVI). Esto significa que Dios siempre ha existido. Todos tenemos un momento en el que comenzamos a existir. Pero al hablar de Dios, estamos ante un Ser Eterno. Nosotros requerimos de algo externo para vivir (nuestros padres), pero Dios no. Él no tiene principio, ni final. Si retrocedemos 1000 años en el tiempo, ni tu ni yo existiríamos, pero Dios sería el mismo de hoy, si vamos 1000 años adelante ni tu ni yo estaremos en la tierra, pero Dios seguirá siendo el mismo.

¿Por qué negarle?

No es irracional creer que un Ser Poderoso, Eterno y Único creó todo lo que existe, es evidente que todo debió tener un origen. Entonces, ¿Por qué preferir negarle? Porque si existe un Creador, entonces el hombre es responsable delante de Él. Pongamos un ejemplo: Si un joven nace solo y vive en una casa que no tiene dueño, no tiene que rendirle cuentas a nadie. Pero si tiene vida por unos padres y vive en casa de ellos, debe sujetarse a su autoridad y vivir de acuerdo con sus reglas. El hombre es un joven que pretende convencerse de que sus padres no existen y nadie es dueño de la casa a fin de hacer todo lo que quiera y nadie le diga nada. Pero sabemos que eso no es así, el mundo tiene un Creador, el hombre tiene un Creador y el Creador es quien impone las condiciones y propósitos. El hombre es un ser responsable ante Dios.

Un Ser moral

La Biblia enseña que la creación declara la gloria de Dios. Podemos conocer sobre Dios al observar la creación. Al ver el universo, sabemos que su Creador es poderoso e inteligente. Basta ver el orden de las cosas y la perfección maravillosa que existe en ciclos como la lluvia, los días, años y estaciones. Piensa en el ser humano, en su capacidad de razonar, de ser

consciente de su existencia y crear filosofía, poesía, y más, el ser humano demuestra como ninguna otra criatura la inteligencia de su Creador.

Además de inteligente, el hombre es un ser moral, tiene una conciencia del bien y del mal. Si viajas a Japón y preguntas: ¿es bueno robar? Te dirían que no, si fuera a la tribu más apartada de la India y preguntas lo mismo, te dirían que ahí está mal robar, si fueras a la Antártida a encontrarte con alguien ahí y le preguntas si está bien robar, te dirá que no. Todo ser humano tiene una moralidad, tiene la capacidad de evaluar entre lo bueno y lo malo. Esto nos indica que su Creador es un ser moral que evalúa las acciones como buenas o malas. Esta es la verdad que al hombre más incomoda de Dios, porque significa que a Dios le corresponde determinar lo que es bueno o malo.

Dios tiene toda la autoridad para condenar a una criatura que se rebela contra él, esta idea es la que el hombre quiere evitar. Pero estamos ante la realidad que existe un Dios Eterno, Perfecto, Creador de todo y es él quien determina lo que es bueno o malo. El hombre tiene la responsabilidad de vivir conforme a la voluntad de Dios. Dios es un Señor Soberano y el hombre un súbdito responsable ante Él.

Complemento a la lección: Conociendo a Dios

- **Dios es el Creador:** Todas las cosas fueron creadas por Él y todo le debe su existencia a Dios (Gen. 1:1).
- **Dios es soberano:** Dios gobierna a toda la creación como él quiere y hace lo que quiere (Salmos 135:6).
- **Dios es eterno:** Dios no tiene principio ni fin; siempre ha existido (Deuteronomio 33:27).
- **Dios es todopoderoso:** Dios tiene el poder para hacer lo que quiera; nadie puede resistirle o detenerle de hacer su voluntad (Lucas 1:37, Salmos 91:1).
- **Dios es omnipresente:** Dios no está limitado físicamente; está presente en todo Lugar (Salmos 139:7-12).

- **Dios es omnisciente:** Dios conoce todo, no hay secreto, pensamiento o acto pasado, presente o futuro que escape de su conocimiento (Salmos 139:1-6).
- **Dios es perfecto:** Todo en Él es completo y sin defecto en su Ser. (Mateo 5:48)
- **Dios es inmutable:** Dios nunca cambia; siempre es el mismo (Salmo 102:27, Santiago 1:17).
- **Dios es justo:** Siempre actúa con justicia, dando a cada uno lo que le corresponde (Salmos 7:11, Salmos 145:17).
- **Dios es amor:** Siempre busca incondicional y bondadosamente el bien de lo que ama (1 Juan 4:8-11)
- **Dios es misericordioso:** Se compadece de la miseria de los hombres. (Salmos 103:8)
- **Dios es bueno:** Siempre hace lo correcto por las razones correctas. (Nahúm 1:7)
- **Dios es paciente:** No actúa impulsivamente ni destruye al pecador de inmediato; da lugar al arrepentimiento. (1 Pedro 3:20, Romanos 15:5).
- **Dios es celoso:** Demanda ser el único Dios para su pueblo, su principal amor y no comparte su gloria con nadie. (Isaías 42:8, Éxodo 20:2-5).
- **Ira de Dios:** Dios ama la justicia y aborrece el pecado, por tanto, esta airado contra el pecador todos los días mientras no se arrepienta. (Salmos 7:11, Deuteronomio 31:17).
- **Dios es Trino.** En el Único Ser Eterno y Perfecto subsisten tres personas: Padre (1 Corintios 8:6), Hijo (Juan 1:1, Tito 2:13) y Espíritu Santo (Hechos 5:3-4).
- **Dios es santo:** La suma de todas sus perfecciones hace de Dios un Ser único, diferente de los ángeles, hombres y toda la creación, Dios es apartado de todo. (Apocalipsis 4:8).

Para memorizar:

“Tuyo es el cielo, y tuya la tierra; tú fundaste el mundo y todo lo que contiene.”. Salmo 89:11 NVI

Preguntas:

1. Describe 5 atributos de Dios.
2. ¿Por qué el hombre prefiere negar la existencia de Dios?
3. ¿Qué implica que seas un ser responsable ante Dios?

Catecismo (De la Nueva Ciudad):

¿Quién es Dios? R. Dios es el creador y el sustentador de todos y de todo. Él es eterno, infinito e inmutable en su poder y perfección, bondad y gloria, sabiduría, justicia, y verdad. Nada sucede si no es a través de Él y por su voluntad.

¿Cuántas personas hay en Dios? R. En el único Dios vivo hay tres personas: el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. Ellos son la misma sustancia, iguales en poder y gloria.

Lectura Bíblica

Mientras progresas en el estudio de este discipulado te sugerimos que leas un pasaje de la Biblia cada día. Te invitamos a ver el anexo 1: ¿cómo estudio mi Biblia? y el anexo 2: Consideraciones sobre los evangelios.

Día 1. Marcos 1:1-13

Día 2. Marcos 1:14-34

Día 4. Marcos 2:1-12

Día 5. Marcos 2:13-22

Día 6. Marcos 2:23-3:6

Día 7. Marcos 3:7-19

Lección 2: El hombre

Un ser creado a imagen de Dios

Génesis 1:1 comienza con Dios creando todo en los cielos y la tierra. Por su palabra, Dios creó la luz, luego separó las aguas del cielo y de la tierra, separó el mar de la tierra firme e hizo brotar en ella toda planta. En el cuarto día, Dios creó el Sol, la Luna y las estrellas. En el quinto día, llenó de vida animal el mar y el cielo, y en el sexto creó al resto de las criaturas, finalizando la creación con el hombre, que fue el sello de su obra.

El hombre es un ser creado por Dios con una característica única. Cuando observamos nuestro entorno y nos preguntamos: ¿qué criatura es capaz de crear construcciones asombrosas? ¿capaz de dominar a bestias más poderosas? ¿qué criatura reflexiona sobre su existencia y sobre un mundo espiritual? Con cada pregunta, nos damos cuenta de que hay algo en el hombre que lo diferencia del resto de la creación. Cuando Dios lo creó, dijo: "Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza" (Génesis 1:26, NVI).

Las palabras semejanza e imagen se usan como sinónimos para señalar que el ser humano es criatura que posee atributos de Dios que no tienen el resto de la creación. El hombre es un ser espiritual, es consciente de una existencia que trasciende el mundo físico. También es un ser inteligente, capaz de razonar, analizar y crear. Tiene una voluntad propia; puede decidir qué vestir, qué comer y qué hacer con su vida. Además, podemos encontrar en él cualidades morales; tiene una conciencia que evalúa sus acciones como buenas o malas. Puede decir que está mal robar o matar, y tiene la capacidad de ejercer gobierno sobre el resto de las criaturas y aprovechar los recursos naturales. Todo esto que diferencia al hombre del resto de la creación es la imagen de Dios en él, lo que indica que Dios es un Ser inteligente, con voluntad y moralidad, que ha decidido compartir esas cualidades con el hombre.

Creado para ejercer gobierno

Dios es el gobernante supremo; Él gobierna y sostiene todo el universo. Pero el hombre, como imagen de Dios, tiene la cualidad de ejercer gobierno sobre la creación. Independientemente del país en que vivamos, las acciones de los gobernantes siempre afectan a la población; lo que una autoridad decide afecta a todos. Es por eso que la creación misma se duele por el pecado del hombre, porque en su desobediencia a Dios ha afectado al resto de las criaturas.

El hombre fue creado para ser rey y sacerdote: rey porque ejerce gobierno sobre la creación, y sacerdote porque representa a Dios ante el mundo. Este es un hecho que impresionó a David; él se preguntó: "¿Qué es el hombre, para que en él pienses? ¿Qué es el ser humano, para que lo tomes en cuenta?" (Salmo 8:4, NVI). David se admira y añade: "Pues lo hiciste poco menos que un dios, y lo coronaste de gloria y de honra; lo entronizaste sobre la obra de tus manos, todo lo sometiste a su dominio" (v. 5-6, NVI). La corona del hombre, su gloria, es representar a Dios.

El valor humano

Todos estamos de acuerdo en que asesinar no es un acto bueno. Incluso una persona atea estará de acuerdo en que hay valor en la vida humana. La realidad es que ese valor tiene su base en un hecho: el hombre fue creado a imagen de Dios. Cuando Dios condena el asesinato, lo hace de la siguiente forma: "Si alguien derrama la sangre de un ser humano, otro ser humano derramará la suya, porque el ser humano ha sido creado a imagen de Dios mismo" (Génesis 9:6, NVI). Lo que vuelve la vida humana tan valiosa es que el hombre fue creado a imagen de Dios. Por eso es nuestro deber moral defender la vida de un bebé dentro o fuera del vientre de su madre, y tener en alta estima la vida de todos. Ninguna condición o discapacidad hace que la vida humana sea menos valiosa. No vale más la vida del hombre más rico que la de una persona en estado de indigencia; esto es así porque lo que da valor a cada hombre o mujer es que porta la imagen de Dios.

Hombre y mujer

Cuando hablamos del hombre en general, nos referimos a la humanidad, que incluye tanto a hombres como a mujeres en particular. Es decir, Dios creó tanto al hombre como a la mujer a su imagen y semejanza. Así lo leemos en Génesis: "Y Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó" (1:27, NVI). Por tanto, toda posición que afirme que la vida de un hombre tiene más importancia que la de una mujer no está de acuerdo con lo que leemos en Génesis.

Tampoco es bíblico dar más valor a la mujer que al hombre; ambos son seres creados a imagen de Dios. Que tengan el mismo valor no quiere decir que tengan las mismas funciones; cada uno tiene un rol específico que desempeñar para que en conjunto realicen la voluntad de Dios. La homosexualidad no es una condición aprobada por Dios; es un acto contrario a la voluntad de Dios y no es conforme a lo que Él determinó para nosotros. Por tanto, es pecado. Esto no quiere decir que su vida sea de menos valor; es tan valiosa como la de todos, pero deberá dar cuentas a Dios por ese pecado, al igual que cualquiera que se rebela contra Dios por robar, asesinar o no honrar a sus padres.

¿Qué pasó?

Tenemos a un ser cuya vida es valiosa, que fue creado con inteligencia, moralidad y voluntad, que porta la imagen de Dios. Pero cuando vemos la realidad, nos damos cuenta de que ha provocado guerras, violaciones, destrucción, muerte, dolor y sufrimiento. ¿Cómo esta criatura, que fue creada a semejanza de un Dios bueno, misericordioso y santo, puede hacer todas estas cosas? La respuesta está en que desobedeció a Dios. Hizo un mal uso de la voluntad que Dios le había dado para que le obedeciese de forma consciente, y entonces la relación de Dios con el hombre se fracturó. Lo que vemos hoy en día es consecuencia de que el hombre haya escuchado otra voz antes que la de Dios y haya preferido desobedecer en lugar de vivir para Dios. El hombre todavía porta la imagen de Dios; tiene voluntad, inteligencia, espiritualidad y moralidad, pero usa estos atributos para su propio beneficio antes que para servir a

Dios. Este acto de desobediencia a Dios se llama "pecado", y es el causante de todos los males que vemos.

En conclusión

El hombre fue creado bueno, con el propósito de amar y obedecer a Dios mientras gobernaba la creación y portaba la imagen de Dios. Pero se rebeló en contra de su Creador. El ser humano, que había sido creado para ser sacerdote y rey, se volvió esclavo del pecado cuando le dio lugar en su corazón, y lo que era una creación buena se convirtió en un mundo lleno de dolor y sufrimiento, todo por el egoísmo humano. El hombre es un ser caído, es decir, un ser que fue creado en estado bueno y que, por su pecado, se corrompió.

Para memorizar:

"me pregunto: «¿Qué es el hombre, para que en él pienses? ¿Qué es el ser humano, para que lo tomes en cuenta?» Pues lo hiciste poco menos que un dios, y lo coronaste de gloria y de honra".

Salmos 8:4-5 NVI.

Preguntas:

- ¿Qué es el hombre?
- ¿Cuál era propósito de Dios para el hombre?
- ¿Por qué hay maldad en el mundo?

Catecismo (De la Nueva Ciudad):

¿Cómo y por qué nos creó Dios? R. Dios nos creó como hombres y mujeres a su propia imagen para que lo conociéramos, lo amáramos, viviéramos con Él, y lo glorificáramos. Y lo correcto es que los que hemos sido creados por Dios vivamos para su gloria.

¿Cómo podemos glorificar a Dios? R. Glorificamos a Dios disfrutándolo, amándolo, confiando en Él y obedeciendo Su voluntad, Sus mandamientos y Su ley.

Lectura Bíblica

Mientras progresas en el estudio de este discipulado te sugerimos que leas un pasaje de la Biblia cada día. Te invitamos a ver el anexo 1: ¿cómo estudio mi Biblia? y el anexo 2: Consideraciones sobre los evangelios.

Día 1. Marcos 3:20-35

Día 2. Marcos 4:1-20

Día 3. Marcos 4:21-34

Día 4. Marcos 4:35-41

Día 5. Marcos 5:1-20

Día 6. Marcos 5:21-43

Día 7. Marcos 6:1-13

Lección 3: El pecado

Dios creó al hombre en un estado de justicia; el hombre era bueno, como el resto de la creación. La humanidad era la imagen de Dios en la creación, pero esta descripción no parece ser la que vemos día a día. Cuando nos preguntamos: “¿quién ha provocado guerras? ¿quién asesina, roba, viola o humilla a otros?”, la respuesta a cada pregunta es “el hombre”. A pesar de todo esto, se atreve a decir: “si Dios es bueno, ¿por qué hay maldad en el mundo?”, responsabilizando a Dios de su propio pecado, cuando fue el hombre quien decidió usar de forma incorrecta lo que Dios le había dado, haciendo un mal uso de la libertad que Dios le dio para elegir. Así, quedó esclavo de lo que la Biblia llama “pecado”. Pero ¿cómo sucedió eso?

La caída

El hombre había recibido de Dios la tarea de cuidar del huerto y la libertad de comer de todo árbol, menos de uno. Supongamos que existían al menos 100 árboles frutales; podía comer de 99 y mantenerse en obediencia a Dios, y solo un árbol representaba la rebelión contra Él. No se trata de un Dios que busca ser restrictivo, sino de un Dios que da al hombre la libertad de ejercer la voluntad que Él le había dado para obedecerle. El hombre, como había sido creado bueno, no iba a buscar de forma natural ser desobediente. Se requirió de un agente externo que lo indujera a desobedecer, y ese fue Satanás, la serpiente antigua que tentó al ser humano. Primero le dijo a la mujer: “¿Es verdad que Dios les dijo que no comieran de ningún árbol del jardín?” (Génesis 3:1, NVI). Astutamente, trae la conversación a lo que no debían hacer. Eva respondió: “Podemos comer del fruto de todos los árboles —respondió la mujer—. Pero, en cuanto al fruto del árbol que está en medio del jardín, Dios nos ha dicho: 'No coman de ese árbol, ni lo toquen; de lo contrario, morirán'” (v. 2-3, NVI). La serpiente le dice que Dios sabe que el día que coman de ese árbol serán como Él y les ha restringido eso. La tentación consistió en poner en el corazón del hombre el deseo de ser “dios”. En un sentido, ellos eran la imagen de Él, pero codiciaron más, y entonces el pecado fue atractivo a sus ojos, y finalmente comieron.

¿Qué cambió?

Lo primero que trajo el pecado al hombre fue esconderse de Dios:

“Cuando el día comenzó a refrescar, oyeron el hombre y la mujer que Dios andaba recorriendo el jardín; entonces corrieron a esconderse entre los árboles, para que Dios no los viera” (v. 8, NVI). El pecado provoca una separación entre Dios y el hombre; el pecado es el hombre colocándose como su propio dios para hacer cuanto quiere y no cumplir con el propósito por el cual fue creado. Algo cambió en el hombre a la hora de pecar; en el Edén no se necesitó instruir al hombre sobre lo bueno, no se le dio leyes para controlar su maldad, solo se le dio una instrucción. Pero el hombre, después de pecar, requirió que Dios le enseñara más a detalle lo bueno. Era necesario que su maldad fuera refrenada; la Ley es Dios enseñándole al hombre a hacer lo correcto: adorar solo al Dios verdadero, santificar su día, honrar a sus padres, no dañar al prójimo. Esto es porque ahora el hombre, de manera natural, hace lo malo y su maldad debe ser frenada. Ahora el hombre es pecador por naturaleza; por ejemplo, nuestros padres nos instruyen a lo bueno, pero aun así hacemos lo malo, nos encanta desobedecer. Esta es la razón por la que hay tanta maldad en el mundo: no porque Dios no sea bueno, sino porque el hombre se volvió malo al desobedecer a Dios.

Una afectación universal

El pecado no es un mal que afectó solo a unos cuantos hombres; es un mal que ha afectado a todos los hombres. La frase “ningún hombre es perfecto” es la evidencia de que todos hemos sido dañados por el pecado. Dios dice de los hombres: “las intenciones del ser humano son perversas desde su juventud” (Génesis 8:21, NVI). El apóstol Pablo confirma esa verdad: “No hay un solo justo, ni siquiera uno; no hay nadie que entienda, nadie que busque a Dios. Todos se han descarriado, a una se han corrompido. No hay nadie que haga lo bueno; ¡no hay uno solo!” (Romanos 3:10-12, NVI). La humanidad no está dividida entre hombres que han pecado y hombres que no han pecado; todos hemos pecado. Se trata más bien de pecadores que se aferran a su pecado y pecadores que

se arrepienten del pecado y vienen a Dios por perdón. El pecado ha afectado a toda la humanidad; es un mal universal.

Errado al blanco

Ninguno de nosotros puede decir: “yo soy buena persona”; nadie es buena persona, todos hemos hecho cosas malas. Si nos aferramos a sostener que somos “buenas personas”, no podremos venir a Cristo, porque Él mismo dijo: “No son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos. Y yo no he venido a llamar a justos, sino a pecadores” (Marcos 2:17, NVI). Como hemos visto, no es que haya “justos por sus propias obras”; el problema es que hay personas pecadoras que se creen justas. Son como personas con una enfermedad que los condena a muerte, pero que se niegan a creer el veredicto del doctor y prefieren pensar que no están enfermas, y por tanto rechazan su única medicina.

De hecho, la palabra “pecado” tiene el sentido de errar al blanco, quedarse corto en el objetivo. Dios nos creó para su propia gloria, para obedecerle y hacer lo bueno, pero hemos fallado en alcanzar la meta; nos hemos quedado cortos, y esto se traduce en ser destituidos de la gloria de Dios: “pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios” (Romanos 3:23, NVI). El pecado es la causa de todos los males del hombre y del mundo. Posiblemente alguien te causó un daño por su pecado, pero también tú has dañado a otros. Ese no era el propósito de Dios al crear al hombre; es el resultado de la rebelión del hombre contra su Dios.

Esclavo

La mala noticia es que el hombre es esclavo del pecado. Seguramente hay cosas malas que has jurado no volver a hacer, y las cometes una y otra vez; eso indica que no eres libre, hay alguien que te tiene sometido. El pecado ha esclavizado al hombre; somos esclavos del pecado. No podemos librarnos a nosotros mismos. En la antigüedad, para liberar a un esclavo se requería que alguien pagara por él; esta es nuestra mayor necesidad: que venga alguien más y pague nuestro rescate del pecado. Mientras no nos demos cuenta de nuestro estado de esclavitud al pecado,

no vamos a tener la necesidad de venir a un Salvador. Necesitamos venir a Cristo para ser libres de nuestra esclavitud al pecado.

Para memorizar:

“Así está escrito: No hay un solo justo, ni siquiera uno; no hay nadie que entienda, nadie que busque a Dios. Todos se han descarriado, a una se han corrompido. No hay nadie que haga lo bueno; ¡no hay uno solo!”

Romanos 3:10-12 NVI.

Preguntas:

- ¿Qué es el pecado?
- ¿Por qué es tan malo el pecado?
- ¿Cuáles son las consecuencias del pecado?

Catecismo (De la Nueva Ciudad):

¿Qué es pecado? R. El pecado es rechazar o ignorar a Dios en el mundo que Él creó, rebelándose contra Él al vivir sin referencia a Él, sin ser ni hacer lo que requiere Su ley —resultando en nuestra muerte y en la desintegración de toda la creación.

¿Puede alguien cumplir perfectamente la ley de Dios? R Desde la Caída, ningún hombre ha sido capaz de cumplir la ley de Dios de manera perfecta, sino que la quebranta una y otra vez con sus pensamientos, palabras y obras.

Lectura Bíblica

Mientras progresas en el estudio de este discipulado te sugerimos que leas un pasaje de la Biblia cada día. Te invitamos a ver el anexo 1: ¿cómo estudio mi Biblia? y el anexo 2: Consideraciones sobre los evangelios.

Día 1. Marcos 6:14-29

Día 2. Marcos 6:30-44

Día 3. Marcos 6:45-56

Día 4. Marcos 7:1-23

Día 5. Marcos 7:24-37

Día 6. Marcos 8:1-26

Día 7. Marcos 8:27-9:1

Lección 4: La condenación

Hasta este momento, hemos visto que Dios es perfecto, bueno, justo y santo. Él creó al hombre a su imagen, y el ser humano era bueno en su estado original. Sin embargo, Satanás lo tentó, haciéndole creer que Dios le estaba restringiendo. El hombre anheló algo que era solo para Dios, y esto trajo toda la desgracia que observamos en el mundo. Muchos dicen: "Si Dios es Todopoderoso, ¿por qué no acaba con la maldad en la tierra?". Pero, si analizamos esta petición, para cumplirla, Dios tendría que acabar con todos los hombres y destruirlos a todos. Pero, efectivamente llegará el día en que esta petición sea cumplida porque Dios el juez justo castigará a todos los pecadores.

Muerte

La primera sentencia al hombre por su pecado fue la muerte. Jehová Dios le dijo: "pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no deberás comer. El día que de él comas, ciertamente morirás" (Génesis 2:17, NVI). No experimentaron la muerte física de manera instantánea, pero comenzaron un recorrido que los llevaría a la tumba, pues del polvo habían sido tomados y al polvo volverían a causa de su pecado. Desde entonces, todo ser humano que nace tiene algo garantizado: la muerte. El pecado ha colocado sobre la cabeza de todos los seres humanos una condena de muerte: "Por medio de un solo hombre, el pecado entró en el mundo, y por medio del pecado entró la muerte; fue así como la muerte pasó a toda la humanidad, porque todos pecaron" (Romanos 5:12, NVI). La muerte hace que la vida sea "vacía". No importa cuántas riquezas se tengan, el poder que se goce, o lo sabio que se sea; al final, la muerte es inevitable. Por más avances tecnológicos y médicos, por más que se busque retrasar ese día, tarde o temprano vendrá. El rico, el pobre, el fuerte, el débil, el hombre, la mujer, a todos les espera un mismo fin: la muerte.

El Infierno

Pero la muerte no consiste en la nada; hay algo más. Imagina que vas por la calle y das un golpe a una persona cualquiera. ¿Qué pasaría?

Possiblemente iniciarías una pelea. ¿Qué pasaría si das ese mismo golpe a un oficial de policía o a un militar? O, más aún, ¿si se lo das al gobernante principal del país? ¿En todos los casos el castigo sería el mismo? Claro que no, aunque la ofensa fue la misma en todos los casos. Entonces, concluimos que el castigo no depende tanto de la ofensa, sino de a quién se ofende. Esto nos lleva a la pregunta: ¿Qué castigo merecen aquellos que han vivido vidas dónde constantemente han ofendido a un Dios eterno y santo? Sin duda, merecen un castigo eterno; eso es lo que sus obras demandan. La muerte física, entonces, sirve para recordarnos que un día hemos de dar cuentas a Dios por nuestros actos, sabiendo que hay una fecha para presentarnos ante el Juez, quien nos dará la sentencia definitiva: "Y así como está establecido que los seres humanos mueran una sola vez, y después venga el juicio" (Hebreos 9:27, NVI). No existe persona que no haya de dar cuentas delante de Dios. Ahí hemos de ser absueltos o condenados, y quien sea hallado culpable deberá pagar eternamente por sus pecados, porque ofendió toda su vida a un Dios eterno.

Los culpables serán enviados a un lugar que Dios ha designado para castigar a Satanás, sus ángeles y todos aquellos que se rebelan contra Su gobierno, esto incluye a los pecadores que no se arrepienten. Nuestro Señor Jesús habla de este sitio describiéndolo como "Gehena", que era un basurero donde siempre había fuego consumiendo los desperdicios. A este lugar de castigo se le conoce como el infierno; no es un lugar donde Satanás reina, ni un lugar donde el hombre disfruta. Es un lugar de sufrimiento, donde todos los que persisten en su pecado conocerán la ira del Dios Todopoderoso contra la maldad. Ese día, todos los que han clamado para que Dios acabe con la maldad verán cumplida su petición. Todo hombre que ha pecado tiene como destino eterno el infierno.

Para los condenados

Por el pecado, todos somos merecedores del infierno. Somos parte de una humanidad condenada. Una persona puede decir: "yo no creo en el infierno", pero el que alguien no crea en algo no significa que eso no

exista. Alguien que ha vivido en el desierto toda su vida puede estar convencido de que no existe el mar y, a pesar de todos los argumentos que se le den a favor, no estará dispuesto a cambiar de opinión. ¿Esto hará que no exista el mar? Por supuesto que no; las cosas que son reales existen independientemente de lo que la gente opine al respecto. El ser humano es una criatura condenada al infierno por su pecado. ¿Quién podrá librarnos de esa condena?

La Biblia enseña que el Hijo de Dios vino al mundo no para condenarlo, sino para salvar y dar vida eterna a los que creen. Dios no tiene ninguna obligación de rescatarnos del pecado; él podría condenar a todos al infierno y nadie podría decir que eso es malo, porque él estaría haciendo justicia con esto, ya que nos estaría dando lo que nos corresponde. Pero el amor de Dios es tan grande que concede al condenado una forma de reconciliación con Él, para que su destino no sea la perdición eterna. Dios envió a su Hijo para que todo aquel que crea en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Pedirles a las personas que pongan su fe y vida en manos de Cristo es un acto de amor, porque solo confiando en él puede ser librada nuestra vida de la condena eterna.

Si rechazamos al Hijo, solo nos queda enfrentar la muerte y el juicio con nuestras propias obras, y nadie que se presente ante Dios con sus propias obras saldrá bien librado. Es importante conocer el pecado y su consecuencia para que nuestros ojos sean abiertos a la necesidad de que alguien nos libre de la esclavitud del pecado, que a su vez nos condena a la muerte y al infierno. Para que nuestro corazón clame las palabras del apóstol Pablo:

“¡Soy un pobre miserable! ¿Quién me librará de este cuerpo mortal?
¡Gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor!” (Romanos 7:24-25, NVI).

Para memorizar:

“Y así como está establecido que los seres humanos mueran una sola vez, y después venga el juicio, también Cristo fue ofrecido en sacrificio una sola

vez para quitar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, ya no para cargar con pecado alguno, sino para traer salvación a quienes lo esperan"- Hebreos 9:27-28 NVI.

Preguntas:

- ¿Quiénes merecen ser castigados eternamente? Y ¿Por qué?
- ¿Qué en enseñó Jesús sobre el destino de quienes no se arrepienten?
- ¿Cuál es la única esperanza del hombre?

Catecismo (De la Nueva Ciudad):

¿Permitirá Dios que nuestra desobediencia e idolatría queden sin castigo? R. No, todo pecado va en contra de la soberanía, la santidad y la bondad de Dios, y en contra de Su justa ley; y Dios está airado por nuestros pecados con justa causa y los castigará en Su justo juicio, tanto en esta vida como en la venidera.

¿Existe forma de escapar del castigo y volver a disfrutar del favor de Dios? R. Sí. Para satisfacer Su justicia, Dios mismo, por pura misericordia, nos reconcilia consigo mismo y nos libera del pecado y del castigo del pecado, mediante un Redentor.

Lectura Bíblica

Mientras progresas en el estudio de este discipulado te sugerimos que leas un pasaje de la Biblia cada día. Te invitamos a ver el anexo 1: ¿cómo estudio mi Biblia? y el anexo 2: Consideraciones sobre los evangelios.

Día 1. Marcos 9:2-13

Día 2. Marcos 9:14-29

Día 3. Marcos 9: 30-50

Día 4. Marcos 10:1-16

Día 5. Marcos 10:17-31

Día 6. Marcos 10:32-52

Día 7. Marcos 11:1-11

Lección 5. El evangelio

Dios creó al ser humano conforme a su imagen y semejanza, pero el hombre usó la voluntad que le fue dada para un propósito diferente: desobedeció a Dios, quedando esclavo del pecado y condenado a muerte. Nadie está exento de pecado, todos hemos desobedecido a Dios, por lo tanto, estamos condenados a un castigo eterno. ¿Es el hombre un ser sin esperanza? La Biblia nos enseña que hay una buena noticia para la humanidad, la palabra Evangelio significa precisamente "buena noticia".

Dios amó al mundo

La Buena Noticia anuncia que Dios no abandonó a este mundo condenado a la perdición eterna, sino que el Padre ha amado a su creación al punto de enviar a su Hijo para rescatar a los esclavos del pecado: “Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16, NVI). Aunque nuestros actos nos condenan al infierno, el acto de Dios trae salvación a los pecadores, porque Él es un Dios bueno, amoroso y misericordioso. Dios ve nuestra miseria y se apiada de nosotros, dándonos la posibilidad de ser rescatados del tormento eterno. Este rescate se da a través de una persona: “dio a su Hijo unigénito”, es decir, si alguien será salvo, lo será únicamente por medio del Hijo unigénito de Dios. No hay otra forma de experimentar el amor salvador de Dios. Esto nos lleva a concluir que el Evangelio, la Buena Noticia de Salvación, se trata de una persona: el Hijo de Dios.

La persona del Evangelio

El apóstol Pablo, en su carta a los Romanos, se describe a sí mismo como un “esclavo de Jesucristo”, y afirma que fue apartado para “el evangelio de Dios” (Romanos 1:1). El Evangelio es tan importante para Pablo que se ve como un esclavo cuya tarea es dar a conocer esta buena noticia, la cual se trata de una persona: “Este evangelio habla de su Hijo, que según la naturaleza humana era descendiente de David” (Romanos 1:3, NVI). La buena noticia nos dice que Dios amó tanto al mundo que envió a su Hijo para rescatar a los pecadores; este nació en el linaje de David según la

carne. Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, es la persona que nos trae la salvación de Dios, lo que implica que Jesús hizo algo para liberar a los pecadores de su condenación eterna. Su persona y obra son lo único que puede librarnos de la condena de Dios. Con respecto a su persona, podemos decir que es el Hijo de Dios, de la misma naturaleza de Dios. Él es presentado como el Verbo eterno, que ha existido desde siempre y es Dios: “En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios” (Juan 1:1), pero vino a la tierra como uno de nosotros: “Y el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros” (Juan 1:14). Él es el perfecto mediador entre Dios y los hombres porque es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre. Si alguien puede reconciliar a la humanidad con Dios, es nuestro Señor Jesucristo; en cuanto a su persona, es el Salvador perfecto.

La obra del evangelio

Pero no solo es el Salvador perfecto en cuanto a su persona, sino también en cuanto a su obra. El hombre fue creado para obedecer a Dios, y cuando no lo hace, se convierte en deudor ante Dios, pues no le da lo que a Dios le corresponde: gloria y obediencia. Si el hombre decidiera: “he desobedecido a Dios y de ahora en adelante le obedeceré perfectamente”, eso no borraría su deuda pasada. Veamos un par de ejemplos: si debieras seis meses de renta y le dices al dueño: “sé que te debo, pero de ahora en adelante te pagaré puntualmente”, ¿eso borra los seis meses que debes? Claro que no. Piensa en alguien que ha asesinado a varias personas y que en su juicio le dice al juez: “de ahora en adelante no mataré a nadie”. ¿Por eso el juez debería dejarlo libre? Entonces, ser obedientes de ahora en adelante no paga nuestra deuda con la justicia; y lo peor es que no cumplimos a Dios, cada día seguimos fallando. Por lo tanto, necesitamos que alguien pague nuestra deuda.

¿Cómo alguien puede pagar nuestra deuda? Primero, esa persona debe ser obediente a Dios en todo, sin cometer pecado. Ese es nuestro Señor Jesús, que fue semejante a nosotros en todo, pero sin pecado. Luego, debía ofrecerse para recibir nuestro castigo y así saldar nuestra deuda, no la suya. Esto es lo que sucedió en la cruz, el Hijo de Dios recibió el castigo

de los pecadores para pagar su deuda: “esto es, que en Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo, no tomándoles en cuenta sus pecados y encargándonos a nosotros el mensaje de la reconciliación” (2 Corintios 5:19, NVI).

El evangelio no termina con un salvador muerto. La muerte no podía detener a tan poderoso Señor: “pero que según el Espíritu de santidad fue designado con poder Hijo de Dios por la resurrección. Él es Jesucristo nuestro Señor” (Romanos 1:4, NVI). Dios declaró públicamente que Jesús es el Hijo de Dios hecho hombre, quien venció a la muerte y al pecado por medio de la resurrección. Este no era un pecador más muriendo, sino el Salvador del mundo, el Rey de reyes, trayendo la victoria para su pueblo, para los que creen en Él.

Creer

Jesús fue humillado, escupido, golpeado y crucificado, siendo el único hombre sin pecado, para entregarse en nuestro lugar. Todo esto para que los pecadores no se pierdan, sino que pongan su fe en Él y tengan vida eterna. Dios dio a su Hijo para salvarnos; la forma en que somos salvados de nuestros pecados es, en primer lugar, al dolernos por nuestro pecado, arrepintiéndonos de lo que hemos hecho, reconociendo que estamos condenados. Entonces, debemos mirar a Cristo en su vida perfecta, su muerte en la Cruz y su poderosa resurrección, y entregar nuestra vida a Él. No debemos confiar en lo que somos capaces de hacer, sino en lo que el Hijo de Dios hizo en nuestro lugar. Quienes creen en Él son sellados por el Espíritu Santo, quien transforma su vida de una manera que nunca vuelven a ser los mismos. La Salvación es por gracia; la palabra "gracia" habla de un regalo, un favor inmerecido.

El Evangelio

El Evangelio es la buena noticia de que Dios Padre ha amado tanto al mundo que ha dado a su Hijo, quien siendo Dios se hizo hombre como nosotros, vivió una vida de perfecta obediencia al Padre y murió en nuestro lugar, llevando el castigo de nuestros pecados. Pero resucitó con

poder de entre los muertos, iniciando una nueva creación de la que somos parte por la obra del Espíritu Santo, la gracia de Dios y la fe en el Hijo de Dios. Esta es una buena noticia para nosotros, pecadores condenados por nuestra propia maldad.

Para memorizar:

“Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros”- Romanos 5:8 NVI.

Preguntas:

- ¿Cómo conocemos el amor de Dios?
- ¿Por qué solo Cristo puede salvar?
- ¿Qué es el Evangelio?

Catecismo (De la Nueva Ciudad):

¿Quién es el Redentor? R. El único Redentor es el Señor Jesucristo, el Hijo eterno de Dios, en quien Dios se hizo hombre y cargó con la culpa del pecado sobre Sí mismo.

¿Por qué el Redentor tiene que ser verdaderamente humano? R. Para que en su naturaleza humana pudiera obedecer perfectamente toda la ley y sufrir el castigo del pecado humano en nuestro lugar; y también para que pudiera compadecerse de nuestras debilidades.

¿Por qué tiene el Redentor que ser verdaderamente Dios? R. Para que, por su naturaleza divina, su obediencia y su sufrimiento fueran perfectos y efectivos; y también para que pudiera soportar la justa ira de Dios contra el pecado y vencer la muerte.

Lectura Bíblica

Mientras progresas en el estudio de este discipulado te sugerimos que leas un pasaje de la Biblia cada día. Te invitamos a ver el anexo 1: ¿cómo estudio mi Biblia? y el anexo 2: Consideraciones sobre los evangelios.

Día 1. Marcos 11:12-26

Día 2. Marcos 11:27-12:12

Día 3. Marcos 12:13-27

Día 4. Marcos 12:28-44

Día 5. Marcos 14:1-25

Día 6. Marcos 14:26-52

Día 7. Marcos 14:53-72

Lección 6: El arrepentimiento y la fe

En el capítulo 2 del libro de Hechos se relata la predicación de Pedro, la cual está completamente centrada en el Evangelio: “A este Jesús, Dios lo resucitó, y de ello todos nosotros somos testigos” (Hechos 2:32, NVI). Su mensaje concluye con esta afirmación: “Por tanto, sépalo bien todo Israel, que a este Jesús, a quien ustedes crucificaron, Dios lo ha hecho Señor y Mesías” (Hechos 2:36, NVI). Pero la Buena noticia de Dios demanda una respuesta. Los hombres deben aceptar con fe la obra de Cristo o rechazarla con incredulidad. Entre el grupo que escuchaba a Pedro, algunos fueron conmovidos y preguntaron: “¿Qué debemos hacer?” (Hechos 2:37, NVI). La respuesta del apóstol fue: “Arrepíntase y bautícese cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de sus pecados—les contestó Pedro—, y recibirán el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38, NVI). Lo primero que se demanda es el arrepentimiento. Esto mismo predica el apóstol Pablo en Atenas: “Pues bien, Dios pasó por alto aquellos tiempos de tal ignorancia, pero ahora manda a todos, en todas partes, que se arrepientan” (Hechos 17:30, NVI).

Tristeza para vida

Lo primero que viene a nuestra mente con la palabra arrepentimiento es el sentimiento de tristeza por hacer algo malo. Es cierto que el arrepentimiento implica dolor por el pecado, pero es una tristeza que nos lleva a entregar nuestra vida a Cristo: “La tristeza que proviene de Dios produce el arrepentimiento que lleva a la salvación, de la cual no hay que arrepentirse, mientras que la tristeza del mundo produce la muerte” (2 Corintios 7:10, NVI). Existen dos tipos de tristeza: una que produce sufrimiento sin cambio de vida y otra que nos lleva a dolernos profundamente por nuestros pecados, conduciéndonos a Cristo para recibir vida. El pecado es una ofensa a Dios, y nuestro corazón debe sentir dolor por ofender a un Dios justo, bueno, amoroso y misericordioso. Nosotros le ofendíamos y Él entregó a su Hijo para salvarnos de la esclavitud del pecado y la condenación eterna.

Arrepentimiento

El arrepentimiento implica más que sentirse mal por el pecado. Muchas personas se sienten mal por lo que hacen, pero luego vuelven a cometer los mismos errores. En la Biblia, la palabra arrepentimiento implica un cambio de ruta. La tristeza por el pecado, cuando proviene de Dios, nos lleva a cambiar nuestra forma de pensar: antes nos deleitábamos en el pecado, ahora pensamos en acudir a Dios, a Cristo, para ser perdonados. El peor enemigo del arrepentimiento es sentir que no tenemos pecado, creer que somos buenas personas. Tratar de cubrir nuestros pecados con “buenas” acciones es un grave error. En cambio, reconoczamos que somos pecadores y que necesitamos salvación, esto es esencial para un arrepentimiento genuino.

Fe

Cuando nos sentimos insatisfechos con nosotros mismos y abandonamos la confianza en nuestras propias fuerzas, debemos volver nuestros ojos a Cristo con fe. Debemos acudir a Él, reconociendo que no podemos salvarnos por nosotros mismos, que necesitamos de su obra transformadora. La fe es, por tanto, un abandono de nosotros mismos para confiar plenamente en Cristo. Creer en Jesús significa recibirla como Rey y Salvador. Jesús enseñó continuamente la necesidad de abandonar la confianza en uno mismo para venir a Él: “Y el que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí. El que se aferre a su propia vida, la perderá, y el que renuncie a su propia vida por mi causa, la encontrará” (Mateo 10:38-39, NVI).

Una fe verdadera se basa en el conocimiento de quiénes somos, quién es Dios y qué ha hecho Dios por medio de Cristo. Al reconocer nuestra condición de pecadores, abandonamos la confianza en nuestras obras. Al conocer a Dios como amoroso y misericordioso, encontramos esperanza de reconciliación con Él. El conocimiento de Cristo y su obra nos muestra en quien debemos confiar plenamente.

El primer paso de la fe es conocer la verdad, que nos llega por la predicación del evangelio. Sin embargo, no somos salvos solo por conocer la verdad, esta demanda una respuesta. Debemos aceptarla o rechazarla. Como señala el apóstol Juan: “El que cree en él no es condenado, pero el

que no cree ya está condenado por no haber creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios” (Juan 3:18, NVI). Aceptar la verdad es un asunto de vida o muerte eterna. Debemos reconocer nuestra condición de pecadores, creer que Dios es bueno y amoroso, y que la obra de Cristo nos reconcilia con Él. Esto nos conduce al tercer paso de la fe: la entrega total a Cristo.

Entregarnos completamente a Cristo, sabiendo que no tenemos otra esperanza que Él, es el paso culminante de una fe verdadera. La fe implica conocer la verdad, aceptarla, entregarse permanentemente a ella.

Nuestro Señor Jesús dijo: “Si se mantienen fieles a mis enseñanzas, serán realmente mis discípulos; y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres” (Juan 8:31-32, NVI). La fe bíblica no es simplemente reconocer que Jesús existió o saber que murió y resucitó, sino entregarse completamente a Cristo con un entendimiento correcto del hombre, de Dios y de Cristo. La fe verdadera nos hace comprender las palabras de Jesús: “Yo soy la vid, y ustedes son las ramas. El que permanece en mí, como yo en él, dará mucho fruto; separados de mí no pueden ustedes hacer nada” (Juan 15:5, NVI).

Obras

El arrepentimiento es un cambio de ruta, y la fe es una entrega total a Cristo. No podemos esperar que alguien que profesa una fe verdadera continúe viviendo de la misma manera. El arrepentimiento produce frutos, al igual que la fe. Juan el Bautista dijo: “Produzcan frutos que demuestren arrepentimiento” (Mateo 3:8, NVI). Santiago también nos enseña: “Así también la fe por sí sola, si no tiene obras, está muerta” (Santiago 2:17, NVI). Las obras no salvan a nadie, pero son el resultado de la obra de Dios en nosotros. Como lo declara el apóstol Pablo: “Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte. Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica” (Efesios 2:8-10, NVI). Las obras son la evidencia externa de una transformación interna hecha por Dios.

Para memorizar:

“Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte.”- Efesios 2:8-9 NVI

Preguntas:

- ¿En qué consiste el arrepentimiento?
- ¿Qué es la fe?
- ¿Cuál es resultado de un arrepentimiento genuino y una fe verdadera?

Catecismo (De la Nueva Ciudad):

¿Cómo podemos ser salvos? R. Solo mediante la fe en Jesucristo y su muerte sustitutiva y expiatoria en la cruz; así que, aunque somos culpables de haber desobedecido a Dios y aún nos inclinamos a la maldad, Dios, sin ningún mérito nuestro, sino solo por su gracia, nos imputa la justicia perfecta de Cristo al arrepentirnos y creer en Él.

¿Qué es la fe en Jesucristo? R. La fe en Jesucristo es reconocer la verdad en todo lo que Dios ha revelado en Su Palabra, confiando en Él, y también recibirla y descansar solamente en Él para la salvación que se nos ofrece en el evangelio.

Lectura Bíblica

Mientras progresas en el estudio de este discipulado te sugerimos que leas un pasaje de la Biblia cada día. Te invitamos a ver el anexo 1: ¿cómo estudio mi Biblia? y el anexo 2: Consideraciones sobre los evangelios.

Día 1. Marcos 15:1-20

Día 2. Marcos 15:21-47

Día 3. Marcos 16:1-20

Día 4. Juan 1:1-18

Día 5. Juan 1:19-34

Día 6. Juan 1:35-51

Día 7. Juan 2:1-12

Lección 7. Una nueva creación

Iniciamos estudiando cómo Dios creó los cielos y la tierra, y cómo toda la creación era buena. Sin embargo, a causa del pecado del hombre, la creación se corrompió. La buena noticia es que Dios no abandonó a su creación. Por medio del profeta Isaías, Dios ya anunciaba: “Presten atención, que estoy por crear un cielo nuevo y una tierra nueva. No volverán a mencionarse las cosas pasadas, ni se traerán a la memoria” (Isaías 65:17, NVI). El cumplimiento de esa promesa se ve en Apocalipsis 21:1: “Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían dejado de existir, lo mismo que el mar” (NVI). La Biblia nos enseña que Dios está haciendo una nueva creación, cuyo Rey es Jesucristo. Adán tuvo el gobierno de la creación y la llevó a la muerte, pero Cristo trajo vida y dio principio a la nueva creación, porque Dios se ha propuesto lo siguiente: “Él nos hizo conocer el misterio de su voluntad conforme al buen propósito que de antemano estableció en Cristo, para llevarlo a cabo cuando se cumpliera el tiempo, esto es, reunir en él todas las cosas, tanto las del cielo como las de la tierra” (Efesios 1:10, NVI).

Nuevo nacimiento

La cultura contemporánea lleva a los hombres a buscar la superación personal, en busca de sentirse plenos y felices. Según esta perspectiva, cualquier método que logre ese bienestar es válido: si alguien lo consigue siendo budista, cristiano o a través de la psicología, está bien. Desde este punto de vista, el cristianismo sería solo uno de muchos caminos hacia el desarrollo personal. Sin embargo, eso no es el cristianismo. La fe cristiana no trata de que te esfuerces por ser la mejor persona posible. De hecho, porque hemos fracasado en ser buenas personas, necesitamos una transformación radical. El cristianismo no es una herramienta para sacar nuestro potencial, sino que sostiene la necesidad de nacer de nuevo.

Cuando Nicodemo, un líder influyente en Israel, visitó a Jesús, fue confrontado con esta necesidad. Se le dijo que no podría ver ni entrar en el reino de Dios a menos que naciera de nuevo (Juan 3:1-21). Ir a la iglesia no convierte a nadie en miembro del reino de Dios. Tampoco venir de una familia cristiana garantiza estar por la eternidad con Él. Se requiere nacer

de nuevo. Este es un acto que realiza el Espíritu Santo, pues los hijos de Dios no son engendrados por voluntad humana, sino por la voluntad de Dios (Juan 1:13). El nuevo nacimiento da origen a una nueva criatura. El apóstol Pablo declara: "Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!" (2 Corintios 5:17, NVI). Ser cristiano significa ser transformado por Dios en una nueva criatura mediante el poder del Espíritu Santo. Debemos rendirnos a Cristo, con una fe que nos lleve a una entrega total a nuestro Salvador.

El nuevo hombre

Esta nueva criatura también es llamada "el nuevo hombre". En Efesios 4:22-23 se enseña que uno vez unidos a Cristo por la fe, debemos desvestirnos del viejo hombre y sus vicios pecaminosos, para ser renovados en nuestra mente y así vestirnos del nuevo hombre, creado a imagen de Dios, en justicia y santidad de la verdad. Dios no busca alentar al hombre caído a la mejor versión de sí mismo; Dios crea un nuevo hombre que lleva la imagen de Cristo. El viejo hombre se deleitaba en el pecado y en desobedecer a Dios, mientras que el nuevo hombre busca ser como su Creador: bueno, justo y misericordioso. El nuevo hombre encuentra agrado en obedecer a Dios y dolor cuando busca satisfacer sus propios deseos pecaminosos, porque Dios ha colocado en su corazón el deseo de obedecer, algo que antes no poseía. El nuevo hombre no obedece por temor al infierno, sino por amor a Dios, y por el profundo deseo de hacer su voluntad.

El deseo del nuevo hombre

En el Salmo 119 leemos acerca de lo que más ama el nuevo hombre: "Yo te busco con todo el corazón" (v.10, NVI). El mayor amor que experimenta en esta vida no es hacia un hijo, una esposa o un trabajo, sino hacia Dios. El nuevo hombre ama la Palabra de Dios: "¡Cuánto amo yo tu ley! Todo el día medito en ella" (v.97, NVI). Su corazón encuentra un profundo gozo al meditar en la Palabra de Dios y en conocerlo a través de ella. Esta es la alegría de su vida. Este amor por Dios y su Palabra lo lleva a anhelar siempre conocer su voluntad para obedecerla. Si algo pide a Dios, es lo siguiente: "No dejes que me desvíe de tus mandamientos" (v.10, NVI).

Esto concuerda con lo que Jesús enseñó: “¿Quién es el que me ama? El que hace tuyos mis mandamientos y los obedece. Y al que me ama, mi Padre lo amará, y yo también lo amaré y me manifestaré a él” (Juan 14:21, NVI). Ser un nuevo hombre significa amar a Dios, su Palabra y su voluntad, y encontrar el mayor de los gozos en obedecerle. El mayor dolor que puede experimentar este nuevo hombre es pecar contra Dios. Sufre cada vez que peca y no actúa en conformidad con Cristo.

Obediencia

El profeta Ezequiel anunció todo esto. Dios había prometido purificar a su pueblo con su Espíritu: “Les daré un nuevo corazón, y les infundiré un espíritu nuevo; les quitaré ese corazón de piedra que ahora tienen, y les pondré un corazón de carne” (Ezequiel 36:26, NVI). La consecuencia de esta transformación sería la obediencia: “Infundiré mi Espíritu en ustedes, y haré que sigan mis preceptos y obedezcan mis leyes” (v.27, NVI). Una vida de obediencia por amor a Dios es el sello de la nueva criatura. Quien vive así es porque ha nacido de nuevo y es parte de la nueva creación. Ser cristiano es ser un nuevo hombre que se conforma a la imagen de Cristo, quien dijo: “Padre, he venido a hacer tu voluntad”. Si esta no es nuestra realidad, debemos humillarnos ante Dios, pedirle que nos dé un corazón que lo ame, que ame su Palabra y que disfrute obedecerle. Debemos pedirle que nos haga nacer de nuevo por su Espíritu Santo.

Culminación

Estamos en camino hacia la culminación de la nueva creación. Aunque el nuevo hombre es parte de ella, aún no ha alcanzado su plenitud. Seguimos luchando contra los efectos del pecado en nuestra vida. El nuevo hombre es un peregrino en este mundo; sabe que su hogar no está aquí, sino que le aguardan cielos nuevos y una tierra nueva. Por eso, vive como un viajero, no como quien pretende hacer morada perpetua en el mundo. Desecha todo lo que obstaculiza su peregrinaje, a fin de viajar ligero hacia su morada eterna. Esta es la vida de todo verdadero cristiano, del que ha nacido de nuevo.

Texto para memorizar:

“Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!” - 2 Corintios 5:17, NVI.

Preguntas:

- ¿En qué consiste la nueva creación?
- ¿En qué consiste ser un nuevo hombre?
- ¿Por qué vivimos como peregrinos en el mundo?

Catecismo (De la Nueva Ciudad):

Si somos salvos por gracia, ¿tenemos que hacer buenas obras y obedecer la Palabra de Dios? R. Sí, porque Cristo, habiéndonos redimido por Su sangre, también nos renueva mediante Su Espíritu; para que nuestras vidas puedan mostrar amor y gratitud a Dios; para que seamos afirmados en nuestra fe por los frutos; y para que otros sean ganados para Cristo por nuestro comportamiento piadoso.

Lectura Bíblica

Mientras progresas en el estudio de este discipulado te sugerimos que leas un pasaje de la Biblia cada día. Te invitamos a ver el anexo 1: ¿cómo estudio mi Biblia? y el anexo 2: Consideraciones sobre los evangelios.

Día 1. Juan 2:13-25

Día 2. Juan 3: 1-21

Día 3. Juan 3:22-36

Día 4. Juan 4:1-42

Día 5. Juan 4:43-54

Día 6. Juan 5:1-18

Día 7. Juan 5:19-47

Lección 8: El bautismo

El verdadero creyente es alguien que se deleita en hacer la voluntad de Dios, encontrando satisfacción en obedecer, incluso cuando va en contra de sí mismo. Por lo tanto, todo cristiano se pregunta: ¿qué es lo primero que debo hacer? Hagamos un recorrido por el libro de Hechos para ver qué fue lo primero que hicieron las personas que creyeron en Jesús:

A) Primera predicación de Pedro. En la primera predicación de Pedro, sus oyentes preguntaron: "¿Qué haremos?". La respuesta de Pedro fue: "Arrepíéntanse y bautícese cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de sus pecados" (Hechos 2:38, NVI). El primer acto interno fue el arrepentimiento, y el primer acto externo de fe fue bautizarse. Aquellos que recibieron la palabra obedecieron: "Así, pues, los que recibieron su mensaje fueron bautizados, y aquel día se unieron a la iglesia unas tres mil personas" (Hechos 2:41, NVI). El primer acto externo de arrepentimiento y fe es bautizarse.

B) Felipe en Samaria. Cuando Felipe fue a predicar a Samaria, el efecto fue el siguiente: "Pero cuando creyeron a Felipe, que les anunciaba las buenas nuevas del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, tanto hombres como mujeres se bautizaron" (Hechos 8:12, NVI). Nuevamente el primer acto de fe fue bautizarse.

C) Predicación de Pedro a los gentiles. Cuando Pedro les predica a los no judíos, el Espíritu Santo desciende sobre ellos, y entonces Pedro ordena lo siguiente: "Y mandó que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo" (Hechos 10:48, NVI).

D) Pablo en Filipos. Cuando Pablo fue encarcelado en Filipos, evitó que un guardia se suicidara, y este le preguntó: "¿Qué debo hacer para ser salvo?". Pablo responde: cree en el Señor Jesucristo. Luego, el guardia lleva a Pablo a su casa, y ocurre lo siguiente: "A esas horas de la noche, el carcelero se los llevó y les lavó las heridas; en seguida fueron bautizados él y toda su familia" (Hechos 16:33, NVI).

El mandato de Cristo

Hemos observado una constante en todos aquellos que creyeron en Cristo: lo primero que hicieron fue bautizarse. El primer fruto del arrepentimiento, la primera obra de fe y el primer acto de la nueva criatura es bautizarse. Esto no fue un invento ni de Pedro, ni de Pablo, ni de Felipe; es el mandato de Cristo mismo que toda persona que crea sea bautizada: "Vayan por todo el mundo y anuncien las buenas nuevas a toda criatura. El que crea y sea bautizado será salvo, pero el que no crea será condenado" (Marcos 16:15-16, NVI). Creer y luego bautizarse es lo que mandó Cristo, y es lo que se observa en el libro de Hechos. Es lo que todo nuevo creyente debe hacer: "Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mateo 28:19, NVI). El deseo del nuevo hombre es obedecer a Dios, a su Señor Jesucristo. Por tanto, nace en los cristianos el deseo de bautizarse y expresar su amor por Cristo. Para nosotros, basta saber que Cristo es quien nos ordena bautizarnos, pero hay un significado en este acto.

Significado del bautismo

Ser cristiano significa estar dispuesto a renunciar a toda confianza en uno mismo y depositar toda la esperanza en Cristo como Salvador y Señor. La fe implica morir a nosotros mismos para entregarnos completamente a Cristo. Es decir, morimos a nosotros para que Cristo viva en nosotros: "He sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Lo que ahora vivo en el cuerpo, lo vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y dio su vida por mí" (Gálatas 2:20, NVI). Ser cristiano es nacer de nuevo; la vieja criatura es sepultada para dar lugar a un nuevo hombre. Todo esto que hemos descrito es una obra interna hecha por el Espíritu Santo, pero que tiene un símbolo externo: el bautismo. La Biblia dice del bautismo: "¿Acaso no saben ustedes que todos los que fuimos bautizados para unirnos con Cristo Jesús, en realidad fuimos bautizados para participar en su muerte? Por tanto, mediante el bautismo fuimos sepultados con él en su muerte, a fin de que, así como Cristo resucitó por

el poder del Padre, también nosotros llevemos una vida nueva" (Romanos 6:3-4, NVI).

Estábamos sucios por el pecado, pero Dios nos purificó por su Espíritu. Morimos a nosotros mismos para que, por su Espíritu, resucitemos como nuevos hombres. Esto es lo que el bautismo expresa. ¡Qué mayor gozo para quien ha nacido de nuevo que expresar públicamente que es un seguidor de Cristo, que ha sido hecho una nueva criatura!

Más que un símbolo

La Iglesia ve en el bautismo más que un simple símbolo; se le ha dado el nombre de "sacramento" o "misterio". Aunque no es una obra para salvación, el creyente mediante el bautismo expresa visiblemente su comunión con Cristo y su cuerpo (la iglesia). Es un sello, una marca del nuevo pacto entre Cristo y nuevo creyente, por eso su fe es edificada y fortalecida por este acto de obediencia. Por esta razón, nadie se bautiza a sí mismo; no es un acto individual, es un acto que involucra a Dios, a la Iglesia y al nuevo creyente. En la Biblia, siempre se requiere de otro creyente (representante de la Iglesia) que bautice al nuevo creyente.

Quien se bautiza es contado como un miembro que se añade a la Iglesia, como se leyó al principio en Hechos 2:41: "Así, pues, los que recibieron su mensaje fueron bautizados, y aquel día se unieron a la iglesia unas tres mil personas" (NVI). Al bautizar a un nuevo creyente, la Iglesia dice: "Él es uno de los nuestros", y el nuevo creyente dice: "Soy un seguidor del Mesías, un nuevo hombre". Dios obra en ese acto. El bautismo es un acto especial para quien ha creído en Cristo y para sus hermanos en la fe que lo reciben en la familia.

¿Quién debe bautizarse?

Cómo se ha mencionado, el bautismo es un acto reservado para los creyentes, personas que han puesto su confianza en Cristo. En el encuentro entre Felipe y un eunuco, Felipe le explica el evangelio y el

eunuco le pregunta: ¿Qué impide que sea bautizado? a lo que responde: Si crees de corazón puedes hacerlo. Nadie obligó al Eunuco a que se bautizará, de su corazón salió el deseo de hacerlo como consecuencia de creer en Cristo como su Señor (Hechos 8:26-40). Concluimos por tanto que el bautismo es un acto que debe ser practicado solo por los nuevos creyentes en Jesús, ellos desean obedecer a Cristo.

Para memorizar:

“Les dijo: Vayan por todo el mundo y anuncien las buenas nuevas a toda criatura. El que crea y sea bautizado será salvo, pero el que no crea será condenado” – Marcos 16:15-16, NVI.

Preguntas:

- ¿Quién debe bautizarse? Y ¿Por qué?
- ¿Qué se expresa en el bautismo?
- ¿Qué pasa con quién se bautiza en relación con Cristo y su Iglesia?

Catecismo (De la Nueva Ciudad):

¿Qué es el bautismo? R. El bautismo es el lavamiento con agua en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; representa y sella nuestra adopción en Cristo, nuestro lavamiento del pecado y nuestro compromiso a pertenecer al Señor y a Su iglesia.

¿Es el bautismo con agua lo que nos limpia de pecado? R. No, solo la sangre de Cristo y la renovación del Espíritu Santo pueden limpiarnos del pecado.

Lectura Bíblica

Mientras progresas en el estudio de este discipulado te sugerimos que leas un pasaje de la Biblia cada día. Te invitamos a ver el anexo 1: ¿cómo estudio mi Biblia? y el anexo 2: Consideraciones sobre los evangelios.

Día 1. Juan 6:1-21

Día 2. Juan 6:22-59

Día 3. Juan 6:60-71

Día 4. Juan 7:1-35

Día 5. Juan 7:37 - Juan 8:11

Día 6. Juan 8:12-59

Día 7. Juan 9:1-41

Lección 9: La Iglesia

El primer paso que todo nuevo hombre da para expresar públicamente su unión con Cristo es el bautismo. Este acto demuestra que se es uno con Cristo y, en consecuencia, es añadido a la Iglesia. Pero ¿qué es la Iglesia? ¿Y por qué es tan importante que el nuevo creyente sea parte de ella?

¿Qué es?

La palabra "Iglesia" proviene del griego y hace referencia a una asamblea. Esto nos indica que la palabra no se refiere a una construcción, una organización ni a una sola persona, sino a un conjunto de personas que han sido llamadas del mundo por medio de la fe en Cristo y que se reúnen en asamblea para adorar a Dios.

El propósito de Dios es rescatar un pueblo para sí mismo dentro de un mundo dañado por el pecado, para vivir con ellos y que sean su pueblo, y Él su Dios. Por ello, podemos definir a la Iglesia como las personas de todas las generaciones que han sido rescatadas por medio de Cristo. La Iglesia trasciende cualquier época de la humanidad, la iglesia es universal o "católica" (no se refiere a una organización en Roma, sino a los creyentes en Cristo de todas las culturas y épocas). En diferentes períodos, ha tomado diversas formas: en algún tiempo estuvo conformada por una familia (Noé), en otro por una nación (Israel), pero en la plenitud de los tiempos, con la llegada del Mesías, está conformada por los creyentes en Jesucristo, quienes provienen de todo pueblo, linaje, lengua y nación.

Imágenes de la Iglesia

La Biblia utiliza varias imágenes para ayudarnos a entender mejor qué es la Iglesia. Por ejemplo, se la describe como un rebaño de ovejas cuyo pastor es Cristo. Estas ovejas reconocen a su pastor y le siguen (Juan 10:27-28). Aquí aprendemos que la cabeza de la Iglesia es Cristo, el Pastor de pastores, y que no hay quien tenga más autoridad en la Iglesia que Él. Nosotros somos el rebaño que escucha a Cristo y le sigue.

Otra imagen es la de una esposa, siendo Cristo el esposo: "Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella para

hacerla santa. Él la purificó, lavándola con agua mediante la palabra, para presentársela a sí mismo como una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección, sino santa e intachable" (Efesios 5:25-27, NVI). Cristo es un esposo que se entrega sacrificialmente por su amada (la Iglesia), y ella se está preparando para reunirse con Él (santificación). Esto muestra que la Iglesia en este mundo se está perfeccionando y conformando a la imagen de Cristo, y que está unida a Él en un vínculo inseparable, como un esposo con su esposa.

Otra imagen que la Biblia presenta es la de un cuerpo. La cabeza del cuerpo es Cristo, y cada uno de los que integran la Iglesia son miembros. Funcionan en conjunto según la dirección de la cabeza, cada creyente tiene dones dados por Dios que debe emplear dentro de la Iglesia (1 Corintios 12:12-31). Un miembro por sí solo no es un cuerpo, necesita de otros miembros para, en conjunto, funcionar como Dios quiere.

Todas estas imágenes tienen algo en común: Cristo es la cabeza, el pastor, el esposo. Cristo es el Señor de la Iglesia, no un hombre ni una organización. También muestran que los creyentes son llamados a formar parte de una comunidad, la Iglesia de Cristo. Nadie puede vivir su fe en soledad; necesita de otros creyentes.

Crecimiento en una comunidad local

En Hechos 2, durante la primera predicación de Pedro, leemos que aquellos que creyeron fueron bautizados. Sin embargo, la historia no termina ahí, no dice que cada uno haya regresado a su casa para vivir su fe de manera individual y separada del resto. Leemos: "Se mantenían firmes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en la oración" (v. 42, NVI), y más adelante: "Todos los creyentes estaban juntos y tenían todo en común" (v. 44). En este pasaje vemos al menos cinco cosas que los creyentes hacen juntos:

- 1. Perseveraban en la doctrina de los apóstoles:** Dentro de la Iglesia, los creyentes deben crecer en el conocimiento de Dios y su voluntad, según la enseñanza de los apóstoles (Escritura). Para esto, Dios ha puesto a hombres capacitados para guiar a otros.

2. **En la comunión unos con otros:** Dentro de la Iglesia, las personas tienen compañerismo con sus hermanos, comparten tiempo y esto edifica su fe.
3. **En el partimiento del pan:** La segunda ordenanza, además del bautismo, es la Cena del Señor. En ella, los creyentes participan de los elementos (pan y vino) para ser edificados en su unidad con Cristo.
4. **En las oraciones:** Los creyentes son llamados a orar juntos, a clamar al Padre por el establecimiento del reino de Dios en la tierra, tanto en lo individual como en lo comunitario.
5. **Tenían todo en común:** Esto implicaba que los creyentes presentaban ofrendas voluntarias a la Iglesia, las cuales eran usadas para ayudar a los necesitados. (ver Hechos 2:44-45)

Oficios

Aunque Cristo es la cabeza de la Iglesia, Dios ha establecido dentro de ella a personas para gobernar y enseñar. En Hebreos 13:17 leemos:

"Obedezcan a sus dirigentes y sométanse a ellos, pues cuidan de ustedes como quienes tienen que rendir cuentas" (NVI). La Biblia utiliza términos como "obispos" (el que supervisa), "anciano" (el que gobierna) y "pastor" (el que cuida y alimenta) para referirse a estos hombres. Ellos no son la autoridad máxima, ya que Cristo es esa autoridad, pero deben cuidar de la Iglesia como administradores fieles.

Otro oficio dado a la Iglesia es el de "diácono", que significa "servidor". Los diáconos participan en la administración de los bienes, ayudan a los pobres y sirven a la comunidad.

La Iglesia es el lugar designado por Dios para que el nuevo hombre crezca a semejanza de Cristo: "Más bien, al vivir la verdad con amor, creceremos hasta ser en todo como aquel que es la cabeza, es decir, Cristo. Por su acción, todo el cuerpo crece y se edifica en amor, sostenido y ajustado por todos los ligamentos, según la actividad propia de cada miembro" (Efesios 4:15-16, NVI).

Para memorizar:

“Dios sometió todas las cosas al dominio de Cristo, y lo dio como cabeza de todo a la iglesia. Ésta, que es su cuerpo, es la plenitud de aquel que lo llena todo por completo” – Efesios 1:22-23, NVI.

Preguntas:

- ¿Qué es la Iglesia?
- ¿Por qué es importante formar parte de una iglesia local?
- ¿En qué cosas debo perseverar en fe con mi familia de la fe?

Catecismo (De la Nueva Ciudad):

¿Qué es la iglesia? R. Dios escoge y preserva para Sí mismo una comunidad elegida para vida eterna y unida mediante la fe, que ama, sigue, y alaba a Dios en conjunto. Dios envía a esta comunidad a proclamar el evangelio y a modelar el Reino de Cristo mediante la calidad de sus vidas y de su amor mutuo.

Lectura Bíblica

Mientras progresas en el estudio de este discipulado te sugerimos que leas un pasaje de la Biblia cada día. Te invitamos a ver el anexo 1: ¿cómo estudio mi Biblia? y el anexo 2: Consideraciones sobre los evangelios.

Día 1. Juan 10:1-21

Día 2. Juan 10:22-42

Día 3. Juan 11:1-44

Día 4. Juan 11:45-12:11

Día 5. Juan 12:12-50

Día 6. Juan 13:1-30

Día 7. Juan 13:31-14:1-14

Lección 10: Un discípulo

Si alguien se acercara y nos preguntara: "en una palabra, dime, ¿qué es ser cristiano?" una de las mejores respuestas es "discípulo". Después de todo, es a los discípulos de Cristo a quienes se les dio el título de "cristianos": "Durante todo un año se reunieron los dos con la iglesia y enseñaron a mucha gente. Fue en Antioquía donde a los discípulos se les llamó «cristianos» por primera vez" (Hechos 11:26, NVI). La Biblia prefiere el término "discípulo" para definir a los seguidores del Mesías, antes que "creyentes". Ser discípulo implica que somos aprendices, que no lo sabemos todo y necesitamos ser enseñados. También revela que estamos siguiendo a alguien, que tenemos un maestro. En los tiempos de Jesús, los discípulos renunciaban a todo por seguir a un maestro. Era una práctica común y honorable. Los discípulos acompañaban a su maestro a todos lados para aprender de su comportamiento y sabiduría. Nuestro Señor Jesús nos dice cuál es la meta del discípulo: "Basta con que el discípulo sea como su maestro, y el siervo como su amo" (Mateo 10:25, NVI).

Ser como el maestro

Si alguien le preguntara a un cristiano: "¿qué te gustaría lograr en la vida?", sin dudarlo respondería: "ser como mi maestro". En nosotros resuenan las palabras del apóstol Pablo: "Imítense a mí, como yo imito a Cristo" (1 Corintios 11:1, NVI). Nuestro andar en el mundo consiste en conformar nuestro carácter al de Cristo, necesitamos amoldar toda nuestra vida a Él. Para el nuevo hombre, Cristo es su modelo para seguir.

Nos preguntamos: ¿cuál es el mayor impedimento para ser como Cristo? La respuesta es nuestro pecado. Por tanto, el discípulo inicia un proceso en el cual muere a sí mismo y a sus deseos, para vivir conforme a Cristo: "He sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Lo que ahora vivo en el cuerpo, lo vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y dio su vida por mí" (Gálatas 2:20, NVI). Pablo también nos habla de quitarse la vestidura del viejo hombre y colocarse la del nuevo: "Con respecto a la vida que antes llevaban, se les enseñó que debían quitarse el ropaje de la vieja naturaleza, la cual está corrompida por los deseos engañosos; ser renovados en la actitud de su mente; y ponerse el ropaje

de la nueva naturaleza, creada a imagen de Dios, en verdadera justicia y santidad” (Efesios 4:22-23, NVI).

Renovando nuestra mente

Si prestamos atención al texto de Efesios 4:22-23, nos daremos cuenta de que entre “quitarse el ropaje de la vieja naturaleza” y “ponerse la vestidura del nuevo”, hay una instrucción clave: “ser renovados en la actitud de su mente”. El nuevo hombre necesita transformar su mente afectada por las ideas que tenía mientras estaba esclavo del pecado; necesita un cambio en su forma de pensar. Este cambio implica, en primer lugar, no conformarse al mundo. El apóstol Pablo dice: “No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente. Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta” (Romanos 12:2, NVI). El mundo tiene una forma de pensar que tratará de influenciarnos, buscando que nos preocupemos por los placeres de la carne y que sirvamos al pecado. Llama “derecho” a la desobediencia a Dios, como cuando se justifica matar a un bebé en el vientre o vivir una sexualidad fuera del plan divino. Pero nuestra manera de pensar no debe ser moldeada por el mundo, sino por Dios. Necesitamos una transformación en nuestra mente, y para esto requerimos la Biblia.

La Biblia es la provisión de Dios para transformar nuestra mente y perfeccionarnos: “Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16-17, NVI). La Palabra de Dios será el medio principal que Él utilizará para transformar nuestros pensamientos y conformar nuestra vida a la de Cristo. Quien diga que aspira a ser como Cristo, pero no busca conocer la Biblia, algo no está funcionando como debería. A medida que la Palabra llene nuestra mente, Cristo será más glorioso a nuestros ojos, y el pecado más detestable. Entonces, diremos junto al autor del Salmo 119: “En mi corazón atesoro tus dichos para no pecar contra ti” (v. 11, NVI). Si nuestro deseo es ser igual a Cristo, debemos decir: “En tus preceptos medito, y pongo mis ojos en tus sendas” (Salmos 119:15, NVI). Esto es lo que Dios le dijo a Josué en el Antiguo Testamento: “Recita siempre el libro

de la ley y medita en él de día y de noche; cumple con cuidado todo lo que en él está escrito. Así prosperarás y tendrás éxito” (Josué 1:8, NVI).

Viviendo en el Espíritu

Un discípulo es un aprendiz que renueva su mente con la Escritura para conformar su vida a Cristo, pero pronto se da cuenta de que no puede vivir de esa manera por sus propias fuerzas. Necesita la obra del Espíritu Santo, que lo transforma en una nueva criatura, cambiando los deseos de su corazón para que viva conforme a Cristo. Dentro de cada discípulo hay una lucha interna entre los deseos de la carne y del Espíritu Santo que mora en él. Despojarse del viejo hombre es crucificarnos a nosotros mismos, para que, por el Espíritu Santo, Cristo sea formado en nosotros: “Porque si ustedes viven conforme a ella, morirán; pero si por medio del Espíritu dan muerte a los malos hábitos del cuerpo, vivirán” (Romanos 8:13, NVI). Somos orgullosos, desobedientes y buscamos nuestra propia gloria; nuestro carácter es muy diferente del de Cristo. Tener el carácter de Cristo es entonces un fruto del Espíritu: “En cambio, el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio. No hay ley que condene estas cosas” (Gálatas 5:22-23, NVI).

Conformar nuestra vida a Dios se conoce como "santificación". Ser santo es ser apartado para Dios, para vivir para Él, lo que implica mostrar Su carácter y justicia en nuestra vida. Él nos manda: “Sean santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1:16, NVI). Por tanto, debemos escuchar al autor de Hebreos, que nos dice: “Busquen la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Hebreos 12:14, NVI). El nuevo hombre renueva su mente con las Escrituras y vive por el Espíritu Santo, haciendo morir los deseos pecaminosos busca ser como Cristo, lo que es lo mismo que vivir en santidad.

Otro elemento clave en la vida del nuevo hombre: la oración. Dado que ser semejante a Cristo es fruto del Espíritu Santo, el nuevo hombre dobla sus rodillas delante de Dios, clamando para ser como su Maestro. Pide que su corazón ame a Dios y a Su Palabra, y que su vida sea transformada a la semejanza de Cristo. No centra su oración en los lujos del mundo, sino en

el reino de los cielos. Su clamor es: “Dios, concédeme amarte, amar tu Palabra y que mi vida sea como la de Cristo”.

Texto para memorizar:

“Luego dijo Jesús a sus discípulos: Si alguien quiere ser mi discípulo, tiene que negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguirme” – Mateo 16:24, NVI.

Preguntas:

- ¿Por qué ser cristiano es ser discípulo?
- ¿Cómo conformamos nuestra vida a Cristo?
- ¿En qué consiste la santificación?

Catecismo (De la Nueva Ciudad):

¿Qué es la oración? R. La oración es derramar nuestros corazones a Dios en alabanza, petición, confesión de pecado y agradecimiento.

¿Cómo debe ser leída y escuchada la Palabra de Dios? R. Con diligencia, preparación y oración; para que podamos aceptarla con fe, guardarla en nuestros corazones y practicarla en nuestras vidas.

Lectura Bíblica

Mientras progresas en el estudio de este discipulado te sugerimos que leas un pasaje de la Biblia cada día. Te invitamos a ver el anexo 1: ¿cómo estudio mi Biblia? y el anexo 2: Consideraciones sobre los evangelios.

Día 1. Juan 14:15-31

Día 2. Juan 15:1-27

Día 3. Juan 16:1-14

Día 4. Juan 16:16-33

Día 5. Juan 17:1-26

Día 6. Juan 18:1-27

Día 7. Juan 18:28-19:16

Lección 11: La perseverancia

Durante esta serie de estudios hemos visto cómo Dios está formando una nueva creación con Cristo como cabeza de todo. Ser cristiano implica arrepentirse del pecado y creer en Jesús, siendo transformado por el poder del Espíritu Santo en una nueva criatura que ahora se deleita en Cristo. El mayor anhelo de la nueva criatura es ser como su maestro, Jesucristo. Pero este no es un anhelo momentáneo, sino un deseo permanente. El carácter humano es variable: hoy podemos amar algo y mañana amar otra cosa. El ser humano puede entregarse a algo por un tiempo, pero eventualmente aparecerá un nuevo deseo. Hay personas que siguen a Jesús de esta manera: buscan apasionadamente a Jesús por un tiempo, sirven, leen su Biblia, se bautizan, pero no terminan la carrera; en algún momento renuncian a la fe. Esa es una obra humana. En contraste, la obra divina se caracteriza por su permanencia. Dios es eterno, y su obra también lo es. La nueva criatura no lo es por un mes, un año o diez años, sino para la eternidad.

Hasta el fin

Nuestro Señor Jesucristo enfatiza en su enseñanza la importancia de perseverar hasta el fin en la fe. Él dice: "Por causa de mi nombre todo el mundo los odiará, pero el que se mantenga firme hasta el fin será salvo" (Mateo 10:22, NVI). Tanto en Mateo 10:22 como en Mateo 24:13, donde se repite que quien persevera hasta el fin será salvo, el contexto es de adversidad. En Mateo 10 se habla de ser odiado por causa de Cristo, mientras que en Mateo 24 se mencionan las dificultades que sucederán desde la ascensión de Cristo hasta su segunda venida. Por lo tanto, entendemos que vivir la vida cristiana por nuestras propias fuerzas es imposible, y que todos los que intenten perseverar en Cristo por su propio esfuerzo terminarán abandonando. Solo aquellos que perseveran en la fe por el poder del Espíritu Santo mantendrán su fe hasta el final.

Perseverar hasta el fin no es opcional. Solo aquellos que mantengan su entrega a Jesús hasta el final tendrán lugar en los cielos nuevos y la tierra nueva. En la parábola del sembrador (Mateo 13), nuestro Señor Jesucristo enseña que cuando la palabra cae en corazones que no la entienden, esta

es inmediatamente arrancada por Satanás. En otros, la palabra se recibe con gozo, pero dura poco tiempo. Hay quienes dejan que las preocupaciones de la vida ahoguen la palabra. Solo aquellos que perseveran y dan fruto tendrán lugar en el Reino de los Cielos.

Enemigos de la perseverancia

Al considerar la importancia de perseverar hasta el fin, surge la pregunta: ¿De qué debo cuidarme para perseverar? Existen enemigos de la perseverancia, y el creyente debe entender que está en una guerra espiritual: “Porque nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales” (Efesios 6:12, NVI). Las artimañas del enemigo buscan que no perseveremos hasta el final. Pero, nuestra principal oposición proviene de nuestro propio corazón, del cual la Biblia dice: “Nada hay tan engañoso como el corazón. No tiene remedio. ¿Quién puede comprenderlo?” (Jeremías 17:9, NVI). Este nos puede hacer creer que es posible servir a Cristo y al pecado al mismo tiempo. También puede hacernos pensar que estamos bien por realizar actividades religiosas o ir a la iglesia cuando, en realidad, no hemos nacido de nuevo.

Seguir los deseos de nuestro corazón cuando estos van en contra de Dios y su voluntad es peligroso y destructivo. Nuestro corazón suele amar las riquezas, el poder, el sexo u otras cosas que nos apartan de Cristo. El amor a las riquezas ha desviado a muchos: “Porque el amor al dinero es la raíz de toda clase de males. Por codiciarlo, algunos se han desviado de la fe y se han causado muchísimos sinsabores” (1 Timoteo 6:10, NVI). También el amor al mundo y sus deseos ha destruido a muchos: “Pues Demas, por amor a este mundo, me ha abandonado y se ha ido a Tesalónica” (2 Timoteo 4:10, NVI). Por eso Santiago nos advierte: “¡Oh gente adúltera! ¿No saben que la amistad con el mundo es enemistad con Dios? Si alguien quiere ser amigo del mundo se vuelve enemigo de Dios” (Santiago 4:4, NVI).

¿Cómo perseverar?

El corazón humano es cambiante: ama una cosa hoy, y otra mañana. Judas renunció a muchas cosas por seguir a Jesús, pero al final, el amor al dinero lo llevó a la perdición. Si hemos de perseverar, debemos hacerlo por medio del Espíritu Santo y no por nuestras propias fuerzas. El Espíritu Santo garantiza que no caigamos de la fe: “¿Cómo sabemos que permanecemos en él, y que él permanece en nosotros? Porque nos ha dado de su Espíritu” (1 Juan 4:13, NVI). Debemos clamar a Dios para que, por el poder de su Espíritu, siempre nos haga perseverar en la fe en Cristo, siendo instruidos por la Palabra que Él inspiró: “Si se mantienen fieles a mis enseñanzas, serán realmente mis discípulos” (Juan 8:31, NVI). Es por la Palabra y el Espíritu que perseveraremos hasta el final, pero también debemos depender de Dios en oración para no ceder al pecado: “Estén alerta y oren para que no caigan en tentación. El espíritu está dispuesto, pero el cuerpo es débil” (Mateo 26:41, NVI).

Además de la oración y la Palabra, Dios nos ha dado otros medios, por ejemplo, la Iglesia es una la comunidad donde perseveramos. En la Biblia, los que son salvados son añadidos a la Iglesia: “Alabando a Dios y disfrutando de la estimación general del pueblo. Y cada día el Señor añadía al grupo los que iban siendo salvos” (Hechos 2:47, NVI). De ahí la importancia del mandato: “No dejemos de congregarnos, como acostumbran hacerlo algunos, sino animémonos unos a otros, y con mayor razón ahora que vemos que aquel día se acerca” (Hebreos 10:25, NVI). En la Iglesia nos bautizamos, participamos de la Cena del Señor, recibimos la Palabra por hombres llamados por Dios y adoramos en comunidad.

Finalmente, tenemos a la segunda venida de Cristo como una esperanza que nos impulsa a perseverar. Saber que Cristo vendrá nos motiva a apartarnos del pecado y mantenernos en Él. El anhelo de ver a Cristo nos impulsa a perseverar hasta el final.

Para memorizar:

“¡Al único Dios, nuestro Salvador, que puede guardarlos para que no caigan, y establecerlos sin tacha y con gran alegría ante su gloriosa presencia, sea la gloria, la majestad, el dominio y la autoridad, por medio

de Jesucristo nuestro Señor, antes de todos los siglos, ahora y para siempre! Amén” – Judas 1:20-21, NVI.

Preguntas:

- ¿Por qué es importante perseverar hasta el final?
- ¿Quién nos hace perseverar hasta el final y cómo?
- ¿De qué debemos cuidarnos para perseverar hasta el final?

Catecismo (De la Nueva Ciudad):

¿Cuál es tu única esperanza en la vida y en la muerte? R. Que no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino que somos, en cuerpo y alma, en la vida y en la muerte, de Dios y de nuestro Salvador Jesucristo.

Lectura Bíblica

Mientras progresas en el estudio de este discipulado te sugerimos que leas un pasaje de la Biblia cada día. Te invitamos a ver el anexo 1: ¿cómo estudio mi Biblia? y el anexo 3: Consideraciones sobre las cartas.

Día 1. Juan 19:17-37

Día 2. Juan 19:38-20:9

Día 3. Juan 20:11-31

Día 4. Juan 21:21-25

Día 5. Gálatas 1

Día 6. Gálatas 2

Día 7. Gálatas 3

Lección 12: Nuestra morada eterna

Recordemos el texto de Isaías: “Presten atención, que estoy por crear un cielo nuevo y una tierra nueva. No volverán a mencionarse las cosas pasadas, ni se traerán a la memoria” (Isaías 65:17, NVI). Dios se ha propuesto reunir todas las cosas que están en el cielo y en la tierra en Cristo, siendo Él el Rey de reyes y Señor de señores. El libro de Apocalipsis fue escrito para cristianos que estaban sufriendo diversos problemas en la tierra. Algunos luchaban contra falsos maestros, otros con la inmoralidad, y otros contra la persecución. ¿Cómo animaríamos a los cristianos que están luchando por su fe? Dios da una visión a Juan para revelarles a Jesús como el Señor de gloria, el Rey de reyes y el gran vencedor de la historia.

La nueva Jerusalén

En Apocalipsis 21:1-4, encontramos una visión en la que Juan observa el cumplimiento de la profecía de Isaías. Se le permite ver el cielo nuevo y la tierra nueva. En medio de la visión, ve una nueva Jerusalén, una ciudad santa, descrita como una esposa lista para encontrarse con su esposo. Para entender esta figura, debemos ver dos cosas: qué representa Jerusalén y quién es la esposa que se prepara para encontrarse con su marido.

En el pasado, Dios rescató a Israel para ser su pueblo santo. Él viviría en medio de ellos, y su presencia entre el pueblo estaba representada por el tabernáculo. Cuando Israel tomó posesión de la tierra prometida y se estableció un rey conforme al corazón de Dios, se colocó de forma definitiva el tabernáculo de Dios en Jerusalén. Allí, en esa ciudad, se construiría después el templo que reemplazaría al tabernáculo, de modo que Jerusalén se convirtió en símbolo de la tierra donde reina el rey de Dios en la presencia de Dios.

Cuando hablamos de una nueva Jerusalén, hablamos de un pueblo elegido por Dios para habitar delante del Rey elegido por Dios en la presencia de Dios. Así como el cielo y la tierra nueva son mayores que los primeros, la nueva Jerusalén es superior a la primera. Allí, el pueblo de Dios verá la gloria de Dios y de su Rey como nunca se experimentó en la tierra. Esta

nueva Jerusalén es, por tanto, un símbolo de la Iglesia, el pueblo preparado para habitar para siempre con el Rey elegido por Dios. La Iglesia es la ciudad elegida, preparada para encontrarse con su esposo. Esto lo vemos constantemente en la Biblia: “El celo que siento por ustedes proviene de Dios, pues los tengo prometidos a un solo esposo, que es Cristo, para presentárselos como una virgen pura” (2 Corintios 11:2, NVI).

Eternamente con Cristo

La Iglesia es una esposa que está siendo preparada para habitar para siempre con Cristo. Esa es su meta máxima. Somos personas que habitarán en la presencia de Dios por la eternidad. Isaías dice de este lugar: “Alérgense más bien, y regocíjense por siempre, por lo que estoy a punto de crear: Estoy por crear una Jerusalén feliz, un pueblo lleno de alegría” (Isaías 65:18, NVI). El pueblo de Dios encontrará un gozo eterno en este lugar. Juan nos dice lo mismo al afirmar: “Él les enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir” (Apocalipsis 21:4, NVI). En esta ciudad no habrá templo, porque la presencia de Dios se manifestará en Cristo. El Rey y el templo serán una misma persona en la nueva Jerusalén, y en Cristo brillará la gloria de Dios para siempre: “La ciudad no necesita ni sol ni luna que la alumbren, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbre” (Apocalipsis 21:23, NVI). Estamos siendo preparados hoy para encontrarnos con Cristo y habitar eternamente con Él.

En cuerpo y alma

En este cielo no seremos espíritus sin cuerpo; estaremos delante de Cristo en cuerpos nuevos. Esta es la resurrección de entre los muertos, tal como Dios lo anunció desde los días de Daniel: “y del polvo de la tierra se levantarán las multitudes de los que duermen, algunos de ellos para vivir por siempre, pero otros para quedar en la vergüenza y en la confusión perpetuas” (Daniel 12:2, NVI). Mientras que los que persistieron en sus pecados y rechazaron a Dios y su Rey estarán en tormento eterno en cuerpo y alma, aquellos que reconocieron su maldad, creyeron en Jesús como Salvador y Señor, ellos estarán en cuerpo y alma en el gozo eterno y

la presencia de Cristo. Nuestro cuerpo se levantará de los muertos para habitar ante Dios eternamente: “Así sucederá también con la resurrección de los muertos. Lo que se siembra en corrupción, resucita en incorrupción” (1 Corintios 15:42, NVI). Nuestro cuerpo dado al pecado es enterrado y, como una semilla que da fruto, nos levantaremos para portar la imagen de Cristo para siempre: “Y así como hemos llevado la imagen de aquel hombre terrenal, llevaremos también la imagen del celestial” (1 Corintios 15:49, NVI).

La segunda venida de Cristo

El evento que da comienzo a todo esto que hemos hablado se conoce como la “Segunda Venida”. Cristo enseñó que vendría nuevamente de forma corporal a la tierra, que todo ojo le vería y que juzgaría a todos los hombres. Algunos serían despertados para vida eterna y otros para tormento eterno (Mateo 25:31-45). La fecha de este evento no es conocida por ningún hombre; nadie puede decir cuándo Cristo vendrá. Un día, de forma repentina, aparecerá el Hijo de Dios en los cielos.

Esta segunda venida es la bendita esperanza de la Iglesia: “El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego los que estemos vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Y así estaremos con el Señor para siempre” (1 Tesalonicenses 4:16-17, NVI).

Un peregrinaje

El aguardar la venida de Cristo y la resurrección de entre los muertos para habitar en el nuevo cielo y la nueva tierra, donde la gloria de Dios en Cristo lo llena todo, hace que esta vida sea un peregrinaje al cielo. Sabemos que estamos de viaje; nuestro destino final no es esta tierra, sino la nueva Jerusalén, donde Cristo habita con su pueblo y la gloria de Dios lo llena todo. Vivamos esta vida no como aquellos que pertenecen al mundo, sino como quienes esperan todavía su verdadera casa, donde verán con sus ojos a Cristo. Somos ciudadanos del cielo que están de paso por este

mundo, dirigiéndose a su morada eterna y, mientras están de camino, anuncian a otros la salvación en Cristo.

Texto para memorizar:

“La ciudad no necesita ni sol ni luna que la alumbrén, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbre” – Apocalipsis 21:23, NVI.

Preguntas:

- ¿Qué representa la nueva Jerusalén?
- ¿Cómo podemos ser parte de la nueva Jerusalén?
- ¿Cómo alienta nuestra fe la segunda venida de Cristo?

Catecismo (De la Nueva Ciudad):

¿Qué esperanza tenemos en la vida eterna? R. Nos recuerda que este mundo caído no es todo lo que hay; pronto viviremos con Dios y lo disfrutaremos por siempre en la nueva ciudad, en el nuevo cielo y la nueva tierra, donde seremos completamente libres de todo pecado, y habitaremos cuerpos resucitados y renovados en una creación renovada y restaurada.

Lectura Bíblica

Mientras progresas en el estudio de este discipulado te sugerimos que leas un pasaje de la Biblia cada día. Te invitamos a ver el anexo 1: ¿cómo estudio mi Biblia? y el anexo 3: Consideraciones sobre las cartas.

Día 1. Gálatas 4

Día 2. Gálatas 5

Día 3. Gálatas 6

Día 4. Colosenses 1

Día 5. Colosenses 2

Día 6. Colosenses 3

Día 7. Colosenses 4

Anexo 1: ¿Cómo estudio mi Biblia?

Paso 1: Estamos ante la Palabra de Dios

Lo primero que debemos entender a la hora de estudiar la Biblia es que ella es la Palabra de Dios: “Toda la Escritura es inspirada por Dios” (1 Timoteo 3:16). Cuando el texto dice “inspirada” se refiere a algo que ha sido soplado por Dios, reconociendo con esto la autoridad divina de la Escritura. Pero Dios no lo hizo por medio de un dictado o anulando la personalidad del autor, sino que “los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21). Es decir, ellos fueron guiados por el Espíritu Santo para que sus escritos fueran la palabra de Dios, siendo librados de toda clase de error. Cuando estudiamos la Biblia debemos estar convencidos de esto.

Paso 2: Quien lo dijo y porqué

La inspiración nos dice que Dios quiso hablar su palabra mediante lo que el autor pretendía comunicar, y, por tanto, evitó cualquier error. Entonces debemos preguntarnos ¿quién lo dijo? Porque a quien Dios guío fue al autor y no a nosotros, así que debemos conocer sus razones a la hora de comunicar el mensaje.

Muchas veces veremos la intención de autor de forma explícita, por ejemplo, en el Evangelio de Juan, el apóstol nos dice su propósito al escribir el libro: “Pero estas se han escrito para que ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer en su nombre tengan vida” (Juan 20:31, NVI). Otras veces el propósito estará implícito, nos tocará hacer trabajo de detective para descubrir su intención.

El conocer el propósito del autor nos librará de malas interpretaciones, por ejemplo, algunos católicos romanos han tomado el pasaje de Juan 19:25-27, donde Jesús encomienda el cuidado de su madre a su discípulo amado, para decir: debes aceptar a María como madre para ser un discípulo amado. El problema de esto es que Juan nos dice que él escribió para creer en Jesús como el Hijo de Dios y Cristo y así tener vida eterna. No dijo nada sobre aceptar a alguien más. Esa conclusión no honra la intención del autor. Más bien, si su fin es presentar a Cristo, deberíamos

preguntarnos que me enseña del carácter de Cristo que aún en la cruz está cuidando de su madre.

Recuerda que debemos honrar la intención del autor, porque él es quien fue guiado por Espíritu Santo para no cometer errores. El intérprete se puede equivocar, pero el autor no lo hizo. Así que a medida que nuestra interpretación sea fiel a la intención del autor, reflejará la Palabra de Dios. Siempre pregúntate: ¿quién y con qué intención escribió esto? Si tienes dudas sobre quién es el autor y su intención puedes acercarte a un hermano con años en el evangelio o al pastor para preguntar.

Paso 3: A quiénes y cómo

El siguiente paso es descubrir a quienes está escribiendo y qué situaciones están pasando los destinatarios. Por ejemplo, las cartas de Pablo tienen el nombre de los destinatarios: gálatas, filipenses, efesios, etc. A veces no tendremos nombres explícitos, pero si veremos las situaciones que enfrentan por ejemplo en la 3ra carta de Juan, él escribe a creyentes que están siendo sometidos por un liderazgo abusivo (de un tal Diótrefes), a pesar de ello los anima a seguir el evangelio y recibir en amor a otros, aunque este liderazgo abusivo se los restrinja. A medida que leas la Biblia ten en mente a quienes está escribiendo y qué situaciones están viviendo. El propio texto te guiará, pero debes estar atento.

También observa cómo lo está diciendo el autor. Esto es importante para evitar malas interpretaciones. Los escritores bíblicos son hombres que se comunican como nosotros y muchas veces usan un lenguaje figurado y otras veces uno literal. Por ejemplo, un esposo puede decirle a su esposa: “eres muy hermosa” o “dentro de todas las estrellas del firmamento eres la más hermosa”. No está diciendo literalmente que su esposa sea una estrella, ambas formas expresan lo mismo, buscan reconocer la belleza de su esposa. Los autores bíblicos harán uso de este lenguaje poético:

“En ellos puso tabernáculo para el sol;
Y este, como esposo que sale de su tálamo,
Se alegra cual gigante para correr el camino.
De un extremo de los cielos es su salida,

Y su curso hasta el término de ellos;
Y nada hay que se esconda de su calor”

Esto es lenguaje poético, no un ensayo científico de quien gira alrededor de quien. Así también hay lenguaje exagerado, por ejemplo, una mamá puede decir a sus hijos: “ustedes nunca ayudan en la casa”, y el hijo responder: “como que no, si el mes pasado hice el aseo”. Al decir “nunca” no quiere decir que jamás en la vida hayan hecho algo, lo que quiere resaltar es que sus hijos son poco participativos en las tareas del hogar. En la Biblia podemos encontrar este lenguaje para resaltar cosas: “Por tanto, si tu ojo derecho te hace pecar, sácatelo y tíralo” (Mateo 5:29, NVI). La respuesta correcta no es seguir literalmente el quitarnos el ojo, sino que seamos radicales a la hora de apartarnos del pecado.

Con estos ejemplos podemos ver la importancia de distinguir entre lenguaje literal y figurado. Hay textos que están llenos de lenguaje figurado: salmos, profetas, parábolas, apocalipsis. Hay otros que priorizan el sentido literal: narrativas históricas, cartas, la ley. Ojo, que un tipo de texto priorice un sentido figurado, no quiere decir que no contenga partes literales o viceversa. Debemos estar atentos a la forma en que se expresa el autor.

Paso 4: Identifica el qué y para qué.

Hemos llegado al punto de descubrir que está diciendo el autor, aquí debemos prestar atención a las palabras que usa y preguntarnos ¿cuál es el contenido del mensaje? y junto con ello debemos descubrir cuál es su fin. Por ejemplo, una mamá le dice a su hijo: “hijo, tu cuarto está muy desordenado”, al estudiar las palabras podemos llegar a la conclusión: “la habitación del hijo está desordenada”, pero si no quedamos ahí, no hemos comprendido el fin de la comunicación. ¿Por qué dijo estás palabra la mamá? ¿qué busca? seguramente no espera que el hijo vaya vea su cuarto y diga: mamá tienes razón está muy desordenado. La mamá no está esperando que el hijo valide sus palabras, sino que vaya y lo ordene.

Así con los textos bíblicos, si leemos “No robes” (Éxodo 20, NVI). Dios no está esperando que validemos su palabra: “así tiene razón es malo robar”, sino que evaluemos las formas en que podemos estar defraudando a

otros: ¿no pago impuestos? ¿le pago a alguien para que me instale ilegítimamente internet, luz o algún servicio? Una vez identificado áreas en la que estamos fallando al mandato divino, debemos arrepentirnos de nuestro pecado, venir a Cristo, pedir que el Espíritu Santo transforme nuestro corazón y tomar pasos prácticos para dejar de hacerlo. Esta es la importancia de evaluar el “qué dijo” y “para qué lo dijo” en un texto bíblico.

Paso 5: Una conexión el reino de Dios y Cristo.

Recuerda que el propósito de Dios es que la creación afectada por el pecado sea restaurada en Cristo. Las Escrituras tienen a Jesús como fin, recordemos las palabras de Jesús en Juan 5:39: “Ustedes estudian con diligencia las Escrituras porque piensan que en ellas hallan la vida eterna. ¡Y son ellas las que dan testimonio en mi favor!”. Todo estudio que hagamos de las Escrituras debe conectar en algún punto con Cristo.

Recordemos el ejemplo anterior: “No robes” (Éxodo 20, NVI). ¿Quién lo dice? Moisés, ¿a quién? A Israelitas que eran esclavos en Egipto y Dios los salvó para que sean su pueblo, ¿de qué forma lo dice? Está hablando en forma literal, ¿en qué circunstancias? Están próximo a entrar a una tierra prospera donde deben vivir en la presencia de Dios (el templo), pero no deben imitar a las naciones que no conocen a Dios, sino deben imitar el carácter de Dios. ¿Para qué les dice esto? Dios no hizo al hombre para robar, pero dado la caída y el pecado humano, tenemos en nuestro corazón una tendencia a defraudar a otros. Pero el pueblo de Dios no debe vivir como el mundo, sino debe ser diferente, ellos no deben ceder a su deseo de defraudar sino restringirse de ello. Conclusión: “no debo robar”.

Si nuestro estudio terminará ahí estaría incompleto. Porque nunca apareció Cristo. Identificamos bien el problema: por la caída y el pecado tenemos una tendencia a defraudar a otros para obtener un beneficio, por eso robamos. Pero no identificamos bien la solución: “no debo robar”. Eso es claro que no debemos hacerlo, pero estamos omitiendo que los efectos de la caída solo son revertidos en Cristo. Por eso antes de ir a no debo robar, necesito pasar tiempo meditando en formas en que he defraudado a otros, arrepentirme y confesar mi pecado ante Dios. Luego debo

recordar que Cristo murió por las veces que he defraudado a otros, debo encontrar esperanza en Cristo. Luego clamar que por la fe en Cristo y el Espíritu Santo sea transformado. Ahora sí, entiendo que he sido perdonado en Cristo y transformado por el Espíritu Santo, y que esto me hace parte de una nueva creación, cómo nueva criatura en el reino de Dios debo apartarme de todas formas en que he defraudado a otros.

Paso 6: Un plan de acción.

Debemos ver en la biblia que todo se da en el contexto de hombres pecadores, que están separados de Dios y condenados a muerte. Qué todos fallan, aunque se llamen Moisés, Abraham, David, etc. Entonces, la biblia tiene el propósito exponer el pecado, para luego darnos esperanza en Cristo. Pero está esperanza en Cristo debe movernos a la acción. Santiago 1:22-25 dice: "No se contenten solo con oír la palabra, pues así se engañan ustedes mismos. Llévenla a la práctica. El que escucha la palabra, pero no la pone en práctica, es como el que se mira el rostro en un espejo y después de mirarse, se va y se olvida enseguida de cómo es. Pero quien se fija atentamente en la ley perfecta que da libertad y persevera en ella, no olvidando lo que ha oído, sino haciéndolo, recibirá bendición al practicarla".

Una vez que hemos visto el perdón en Cristo y la esperanza del evangelio, somos conscientes de que formamos parte de una nueva creación y ahora en el reino de Dios, debemos buscar formas prácticas de vivir lo que hemos aprendido. El propósito de nuestro estudio no es llenarnos la mente de conocimiento, sino ser perfeccionados a la imagen de Cristo. Así que haz un plan de acción, escribe pasos concretos para alejarte del pecado y vivir para la gloria de Dios, siempre confiando en la esperanza en Cristo y no en tu capacidad.

Te recomendamos tomar un cuaderno, hoja o editor de textos, donde puedas poner la fecha, el pasaje que estudiaste, lo que aprendiste y el plan de acción.

¡Damos gracias a Dios por tu deseo de profundizar en las Escrituras!

Anexo 2: Consideraciones sobre los evangelios

¿Qué son?

Durante el periodo de este discipulado estudiarás los evangelios de Marcos y Juan. Por eso, te compartimos particularidades que diferencian a los evangelios de otros textos (dentro de la propia biblia). Los evangelios son relatos teológicos y biográficos de la vida, muerte, resurrección y ascensión de Jesús. Su propósito es dar a conocer a Jesús como el Mesías e Hijo de Dios. Son biográficos porque narran sucesos de su vida, pero no con un enfoque cronológico, sino teológico.

Al seguir un orden teológico se saltan etapas de la vida de Jesús. Por ejemplo, Mateo 2:13-15 narra que Jesús va a Egipto para cumplir Oseas 11:1, identificándolo con el Hijo de Dios que sale de Egipto. ¿En el Antiguo Testamento quien salió de Egipto? Es correcto, fue Israel. En su salida pasan por las aguas, van al desierto y reciben la ley en el monte Sinaí. Esta es la secuencia narrativa de Mateo, capítulo 2 Jesús es el Hijo de Dios que sale de Egipto, capítulo 3 Jesús es Hijo de Dios que pasa por las aguas, capítulo 4 Jesús es el Hijo de Dios que vence en el desierto, capítulo 5 Jesús es el Hijo de Dios que explica la Ley en monte. ¿coincidencia? Claro que no, Mateo no está mostrando que el verdadero Israel, el Hijo de Dios obediente es Jesús, aunque para esto saltó su infancia. A esto nos referimos con propósito teológico. Así que no te obsesiones con la cronología de los hechos, los autores quieren que veas sobre todas las cosas que Jesús es el Hijo de Dios, el Salvador del mundo.

Honra el propósito del autor

Ya hemos establecido que son narraciones sobre Jesús, se trata de Él trayendo el reino de Dios y la restauración de todas las cosas. Ellos van a mostrar la llegada del reino de Dios en Jesús a través de milagros. Todos los milagros son hechos históricos y reales. Entonces, no se trata de leer que Jesús caminó sobre el agua y salir a tratar de hacerlo. Se trata de ver que Jesús es el soberano sobre toda la creación, quien la gobierna.

Los autores de los evangelios quieren que veas a Jesús y el reino de Dios. Marcos empieza declarando: "Comienzo del evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios", su propósito es anunciar la llegada del reino de Dios en la

persona del Hijo de Dios. El reino de Dios es gobierno de Dios siendo establecido en este mundo dañado por el pecado. Por ello en muchas narraciones vas a ver los efectos de pecado: personas enfermas, endemoniados, personas que mueren, personas impuras, pecadores. Todos ellos serán transformados al entrar en contacto con Jesús como evidencia de que el reino de Dios ha llegado. Esto no quiere decir que todos van a sanar de todas sus enfermedades por ser cristianos, son adelantos del reino venidero, las personas sanadas por Jesús después murieron, pero Jesús por medio de estas señales apunta a un reino donde no habrá dolor, enfermedad, endemoniados y muertos.

Entonces en cada pasaje, pregúntate cuatro cosas:

1. ¿Cómo se ve el pecado resultado de la caída en este pasaje?
2. ¿Cómo Jesús muestra el reino de Dios en el pasaje?
3. ¿Qué me enseña este pasaje sobre Jesús?
4. ¿Por qué Jesús dijo o hizo esto?

No busques aplicar el pasaje a tu vida, hasta estar seguro de como este pasaje te apunta a la esperanza en Cristo.

No alegorices

Alegorizar es buscar realidades espirituales en cada elemento de una historia. Por ejemplo, en la parábola del grano de mostaza que crece y vienen las aves a anidar, no tienes que inventar que las aves son “ángeles”, “inconversos”, etc. No debes dar un sentido que el texto no da. El centro del texto es el misterio del crecimiento del reino de Dios.

Alegorizar ha causado grandes males, por ejemplo, en la edad medieval el Papa tomó Lucas 22:38: “—Mira, Señor —le señalaron los discípulos—, aquí hay dos espadas. —¡Basta! —les contestó” Para argumentar que estas espadas eran el poder espiritual y político, y como sucesor de Pedro estaban bajo su dominio. Por tanto, podía poner y quitar reyes, también podía promover guerras contra sus enemigos.

No te olvides considerar la forma literaria

Recuerda que en los evangelios hay historias no literales, por ejemplo, las parábolas. En ellas se enseña del reino de Dios, muchas veces están

relacionadas con la cultura judía del primer siglo: la agricultura, una boda, un rey, etc. Cuando las estudes recuerda evitar alegorizar los detalles a menos que el propio texto lo diga.

También te encontrarás con lenguaje exagerado, como cortar la parte del cuerpo con la que pecamos. Siempre identifica el tipo de lenguaje que está usando Jesús o el autor.

En Juan verás lenguaje metafórico “Yo soy la vid”, “Yo soy la puerta”, etc. Para enseñar verdades de Cristo. Recuerda que no todo lenguaje alegórico es condenado, solo aquel que imponemos al texto cuando este no lo dice. Pero habrá casos donde el texto lo mencione explícitamente: “Esta alegoría les dijo Jesús; pero ellos no entendieron qué era lo que les decía” (Juan 10:6, RVR60).

Juan también expresa discursos de Jesús a sus discípulos, en ellos trata de identificar el argumento, una buena forma de hacerlo es identificar las palabras repetidas, revisa cuantas veces aparece una palabra o idea en el discurso, en ellos se combina lenguaje figurado: “Yo soy la vid” con lenguaje literal: “Si el mundo los aborrece, tengan presente que antes que a ustedes me aborreció a mí”. Siempre presta atención a los detalles.

En la mayoría de las ocasiones estarás ante la narración de un hecho histórico: Jesús convierte el agua en vino, sana a un ciego, etc. En estas historias habrá un conflicto derivado del pecado: un endemoniado, una enfermedad, muerte, etc. Identifica el conflicto y como llega a su solución en Cristo. Es común que la enseñanza principal se encuentre la solución, como cuando Jesús sana a un paralítico: “Pues, para que sepan que el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados —se dirigió entonces al paralítico—: A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa”. (Marcos 2:10-11). La idea central es: “el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados”.

Sobre todas las cosas siempre ora a Dios por entendimiento de su palabra. Dios te ayude en el estudio de la verdad revelada por Él.

Anexo 3: Consideraciones sobre las cartas

¿Qué son?

Durante el periodo de este discipulado estudiarás las cartas a los gálatas y a los colosenses. Una carta nace del corazón pastoral de un apóstol, él ve algo que es necesario comunicar a una iglesia y le escribe con ese propósito. De forma general mantienen la siguiente estructura:

1. El saludo inicial. Este incluye muchas veces el nombre de autor y los destinatarios, además es común que contenga palabras de bendiciones o acciones de gracia.
2. El cuerpo de la carta. Puede iniciar con una oración o bien expresar el propósito de la carta. En esta parte se desarrolla el argumento del autor para corregir lo deficiente o alentar a los creyentes. Es común en el apóstol Pablo dividir la primera parte de la carta en contenido doctrinal y la segunda en contenido práctico.
3. El cierre de la carta. Aquí se incluyen saludos, recomendaciones generales, una bendición final o palabras de alabanza a Dios.

Correctivas

La gran mayoría de las cartas son correctivas, es decir, el autor busca arreglar algún problema dentro de la Iglesia, algunos ejemplos:

- Divisiones: “Les suplico, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos vivan en armonía y que no haya divisiones entre ustedes” (1 Corintios 1:10).
- Falsas enseñanzas: “Me asombra que tan pronto estén dejando ustedes a quien los llamó por la gracia de Cristo, para pasarse a otro evangelio” (Gálatas 1:6)
- Prácticas incorrectas: “Si atienden bien al que lleva ropa elegante y le dicen: «Síntese usted aquí, en este lugar cómodo», pero al pobre le dicen: «Quédate ahí de pie» o «Síntate en el suelo, a mis pies», ¿acaso no hacen discriminación entre ustedes, juzgando con malas intenciones?” (Santiago 2:3-4)

Es muy importante que aprendamos a identificar el problema que el autor quiere abordar, preguntémonos ¿por qué está escribiendo a esta iglesia?

Argumentativas

Si vemos un debate entre un creyente y un ateo, cada uno de ellos presentará de forma lógica lo que cree y los argumentos de porque su posición es la correcta y no la otra. En las cartas los autores argumentarán en favor de la verdad, es decir, van a presentar de forma lógica y coherente los argumentos de porque debe ser corregido lo que señalan. Por tanto, a la hora la hora de estudiar una carta, es muy importante prestar atención a la secuencia de ideas, vemos esto en Colosenses 2:6-10:

- ***El propósito del autor es que se mantengan arraigados en Cristo:*** “Por eso, de la manera que recibieron a Cristo Jesús como Señor, vivan ahora en él, arraigados y edificados en él, confirmados en la fe como se les enseñó y llenos de gratitud”.
- ***Para esto deben cuidarse de no ser cautivados por falsas enseñanzas:*** “Cuídense de que nadie los captive con la vana y engañosa filosofía que sigue tradiciones humanas, la que está de acuerdo con los principios de este mundo y no conforme a Cristo”.
- ***Y deben encontrar la plenitud en Cristo:*** “Porque toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo; y en él, que es la cabeza de todo poder y autoridad, ustedes han recibido esa plenitud”.

La secuencia de ideas nos dice que para mantenernos arraigados en Cristo debemos desechar las falsas enseñanzas y filosofías humanas, y encontrar nuestra plenitud en Cristo en quien habita la plenitud de la divinidad. Una vez entendemos el argumento del autor, nos preguntamos: ¿voy tras tradiciones humanas o filosofías engañosas? O ¿estoy buscando la plenitud en Cristo? El texto me advierte de ir tras la mentira y no estar arraigado en Cristo.

No tomes versículos aislados

Debido a que las cartas van construyendo argumentos, nunca tomes un versículo de forma aislada sin considerar el contexto en que se desarrolla. Por ejemplo, en Filipenses 4:13 dice: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”. Muchos toman este versículo como si dijera “todo lo puedo emprender” o “todo lo puedo lograr” en Cristo que fortalece. Siendo usado muchas veces como motivación personal: “échale ganas, vas a triunfar porque todo lo puedes en Cristo”. Pero el versículo es parte de un argumento y de una secuencia de ideas, no es una frase celebre sin contexto.

En el versículo 10, Pablo agradece el apoyo que los Filipenses le han dado para su sustento, en el 11 dice “No digo esto porque esté necesitado, pues he aprendido a estar satisfecho en cualquier situación en que me encuentre”. Aunque esta agradecido, Pablo reconoce que está tranquilo cualquiera que sea su situación. Es decir, el contexto no es de alguien que quiere hacer algo y en Cristo tiene el poder de emprender, se trata de alguien que sabe resistir cualquier circunstancia: “Sé lo que es vivir en la pobreza y lo que es vivir en la abundancia. He aprendido a vivir en todas y cada una de las circunstancias, tanto a quedar saciado como a pasar hambre, a tener de sobra como a sufrir escasez” (v. 12). Entonces el versículo trece no transmite la idea de todo lo puedo “emprender” o “lograr”, sino todo lo puedo “resistir” en Cristo que me fortalece.

El texto no promueve la ambición por algo que hoy no tengo, está lejos de promover el deseo de obtener éxito, gloria o bienes en este mundo, el texto se trata de que en Cristo podemos estar contentos en toda situación, sea pobreza o abundancia. La idea es contentamiento, no ambición.

Esto es un complemento a lo visto en el anexo 1. Anhelamos que estas consideraciones te ayuden mientras estudias las cartas, siempre medita en la situación de los destinatarios, en el argumento que desarrolla el autor y como va conectando las ideas.